

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 54 trimestres en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Payll-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA

En Siria están á punto de renovarse las sangrientas escenas de 1860. Nadie habrá olvidado aquellas terribles matanzas de hombres, mujeres y niños, llevadas á cabo en el Líbano por los drusos, ayudados por el cruel fanatismo turco. En esa época, los infelices maronitas vieron saqueadas sus casas, devastados sus pueblos, profanados sus templos, cubierto de cadáveres y ruinas, en fin, el suelo de su hermoso país. Hoy la sangre maronita ha vuelto á correr; pero antes de referir estos lamentables sucesos, bueno será dar una idea, para aquellos de nuestros lectores que no la conozcan, de la situación de ese desgraciado pueblo, á fin de que puedan apreciar mejor esos sucesos.

De resultas de la intervención de la Francia, quedó convenido en las conferencias de Constantinopla que los drusos y los maronitas continuasen bajo la soberanía de Turquía, como feudatarios y tributarios, debiendo estar regidos los primeros por un gobernador otomano y por un cristiano los segundos.

Nombrados Daoud-Pachá jefe de los drusos, y José Karam de los maronitas, este ha vivido desde entonces desterrado sin forma de juicio y contra todas las reglas legales. Vuelto á su país en 1864, ha estado sujeto al jefe turco, como se le exigió por Francia, potencia protectora desde el reinado de San Luis del pueblo maronita, sufriendo resignado los abusos del régimen de Daoud-Pachá; pero este, que no buscaba sino ocasiones de exasperar á los maronitas para renovar las crueldades pasadas, invadió á últimos de Diciembre, acompañado de soldados turcos y su batallón de cosacos, la parte del Líbano llamada el Kasrawan, ejerciendo los actos más odiosos de tiranía. Arrestó á varios maronitas importantes, entre ellos un pariente y un amigo de Karam, triplicó las contribuciones, confiscó la pólvora á los mercaderes, artículo de primera necesidad para la agricultura en aquel territorio sembrado de rocas, y todo esto sin que los maronitas hubiesen dado motivo alguno de queja y sólo guiado por su odio á este católico pueblo.

El resultado de estas vejaciones no podía ser otro que agotar la paciencia de aquellos desdichados habitantes, que exasperados enviaron aviso de estas violencias á José Karam, el cual se puso al frente de mil hombres y fué en busca de Daoud-Pachá. Los despachos telegráficos y algunos diarios extranjeros nos indican, aunque sin dar pormenores, que un combate tuvo lugar en Mametayn, y otro cerca de Zyhoria, país natal de Karam, siendo el resultado que el jefe maronita fué vencido por el número considerable de sus enemigos, refugiándose á un convento cerca de Batrun.

Lo más sensible en estos desgraciados acontecimientos es que Francia, que por su cualidad de protectora de los maronitas debía haber dirigido energías reclamaciones á Turquía, ha hecho todo lo contrario. Un telegrama de París dirigido por el ministro de Negocios extranjeros de Napoleón al cónsul general de Francia en Beyruth, dice lo siguiente con fecha 9 de Enero: «Podeis asegurar á Daoud-Pachá que cuento con nuestro apoyo moral para la represión de la rebelión de Karam.»

No conocemos lo bastante este negocio para acriminar de un modo absoluto la conducta del Gobierno imperial, pero sí tenemos derecho á extrañar y aun lamentar esa precipitación con que se ofrece el apoyo moral de Francia á Daoud-Pachá, es decir, á un gobernador que tantas pruebas tiene dadas de su odio á los maronitas. ¿Necesita el fanatismo musulmán de estímulos para sus represiones y castigos tan crueles y tan injustos de ordinario?

Pero ya se ve; los altos intereses políticos, las complicaciones que este negocio, relacionado con la temerosa cuestión de Oriente, y otra multitud de razones que se ocurren siempre á los graves hombres de Estado de estos dichosos tiempos, son motivos poderosos para proceder con prudencia. Así será; pero no sabemos cómo sucede que todas las razones de Estado se convierten siempre en daño ya directo, ya indirecto, de la causa suprema á que siempre debiera mirarse en primer lugar, es decir, á la santa causa del Catolicismo.

### TELEGRAMAS.

París, 5.—Hoy al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriiles de Alicante y Zaragoza á 216; el 3 por 100 portugués á 33 3/4; el cambio sobre Lisboa á 539; el 5 por 100 italiano á 65-65; el crédito territorial francés á 431 1/2; el crédito mobiliario francés á 770; el español á 412; el ferro-carriil de Sevilla á Jerez á 50; y el del Norte de España á 471.

En Amsterdam quedaban hoy el 3 por 100 español á 34 1/4 y en Amberes á 33 1/2.

Barlín, 4 (parte atrasado).—La proposición de Wirchow declarando inconstitucional la anexión del

Lauenburgo al reino de Prusia sin autorización de las Cámaras, ha sido adoptada por el Congreso de diputados por 251 votos contra 44. Sin embargo, el Gabinete Bismarck permanece firme en su puesto.

En el Veneto, en Udina, Verona y Pádua asistió secretamente muchísima gente á las iglesias, donde se celebró Misa por eterno descanso del Príncipe Odon, hijo de Víctor Manuel.

París, 6.—Un convenio nuevo entre el Virey de Egipto y la compañía del canal del Istmo de Suez, consiguió arreglar las cuestiones pendientes de un modo satisfactorio para ambas partes.

Londres, 5.—El Times dice que el discurso de la Corona hará constar que España ha aceptado los buenos oficios de Inglaterra en la cuestión de Chile.

Se hablará también de reforma parlamentaria, pero en términos poco precisos.

París, 6.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 34 5/8; el exterior, á 00 0/0; la diferida, á 00 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 68-75; y el 4 1/2 á 98-00.

Londres, 6.—Los consolidados ingleses quedaban de 86 3/4 á 7 1/8.

Escriben de París con fecha del 8:

Mons. Dupanloup ha hecho preparar su tumba. No es que el ilustre Prelado esté enfermo, puesto que actualmente predica en Marsella; pero ha querido disponer por sí propio su sepultura, y lo ha hecho del modo más sencillo. Ha escogido para ello una de las capillas de su catedral, y el nicho sólo está indicado exteriormente por una lápida de mármol blanco en la que está grabado el escudo de armas del Prelado, y una cruz, con la leyenda: *Spes unica*.

Mons. Dupanloup nació en Saboya á primeros de Enero del año 1802.

Y ya que me ocupo de este Prelado, permítame usted citar un hecho que lo caracteriza. Pocos días atrás, ántes de partir para Marsella, autorizó la organización de un concierto en los salones de su palacio á beneficio de la obra del Catolicismo en Polonia. Las limosnas que se recogieron en este concierto fueron considerables; algunas señoras dieron joyas, y entre los valores recogidos se encontraron un anillo de Obispo, valorado en más de quinientos francos, y una cruz pectoral de oro, enriquecida con brillantes, y de gran valor. Era un donativo de Mons. Dupanloup para los pobres polacos.

Hechos como este no necesitan comentarios.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 7 DE FEBRERO DE 1866.

### ESTUDIO

sobre la historia económico-política de España.

XV. (1)

VERDADERAS CAUSAS DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVII.

Consecuencias económicas del descubrimiento y colonización de América.

Los vicios de nuestra constitución económica que hemos expuesto no explican satisfactoriamente nuestra decadencia del siglo XVII. Que contribuyeron á nuestro quebranto, es indudable; por esa razón los hemos presentado. Las privanzas de validos como Lerma, Uceda, Olivares, Haro y sucesores, siempre son funestas para los pueblos: las consecuencias, v. gr., de los privilegios de la Mesta fueron desastrosas para la agricultura; pero no todos los errores que hemos censurado eran generales á toda la monarquía (2), y algunos eran extensivos á otras naciones que, no obstante, se hallaban en situación más próspera. De la tasa, en particular, hemos dicho ya que era principio consignado asimismo en las legislaciones extranjeras, si bien tuvo que ser más perjudicial en España, porque, efecto de circunstancias especiales, para que la producción indígena subsistiera hubiera sido necesario que los precios de los mercados creciesen sobremanera, y había de ocasionar su ruina cuanto lo impidiera, bien fuese la tasa, ó bien la concurrencia de productos extranjeros más baratos.

Debía de haber, pues, y había otras causas de decadencia aún más funestas, entre las cuales no vaciamos en señalar como muy principales las consecuencias del descubrimiento y colonización de América.

Coopero, en primer lugar, á nuestro enflaquecimiento determinando una emigración numerosa é incansante que diezaba la población de la Península. Weis cree que los tres millones de almas, en que Robertson calculaba la población blanca de Méjico y el Perú, costaron á España treinta millones; y D. Modesto Latuente (tom. XV, pág. 145) dice no extrañaría fuese exacto este cálculo. Nosotros le tenemos por exagerado, pero no así el de otros que fijan en 40,000 personas el número de los emigrados

(1) Por inadvertencia se halla equivocada la numeración de los dos artículos precedentes. El artículo XIV debe ser XIII, y el XV—XIV.

(2) Afectaban no exclusiva, pero sí principalmente, á las 22 provincias de León y Castilla.

ada año; cifra que asciende á cuatro millones al cabo de un siglo.

Este hecho puede explicar la baja del censo de población en el siglo XVI á pesar de su prosperidad.

Se cree como más probable que la población de España á fines del siglo XV era próximamente de 10 millones de habitantes y al término del XVI no llegaba á 8.200.000. La población, pues, disminuyó en unos dos millones de almas en lugar de aumentarse según la ley de las subsistencias; por cuanto es notorio que casi todo el siglo fué un período floreciente para la agricultura, industria y comercio. La emigración explica satisfactoriamente este hecho. Sin ella es probable que el censo hubiera subido á 12 millones. La colonización no sólo nos arrebató esos dos millones con que en aquel período debió acrecentarse la población de España, como sucedió en el siglo XVIII, sino una parte muy considerable de la población existente.

Mucho más funesto que la emigración fué el raudal de oro y plata venido de las Indias, de cuyo descubrimiento, dice Sancho de Moncada, *fuera conquista de inmortal gloria si hubiera servido sólo de llevar el Evangelio á tan remotas provincias, sin que en España se hubieran visto sus metales*.

Nos perjudicó, á no dudar, distrayendo el ánimo de nuestros antepasados de la producción nacional, única base de la prosperidad verdadera y de la fuerza y poderío de los Estados. Saavedra Fajardo (*Empresa* 69), deplora con este motivo que las gentes pusieran más confianza en aquellas riquezas adventizas que en la agricultura, las artes y el comercio, y Martínez de la Mata dedicó uno de los discursos de su *Memorial* (VI) á probar «que por haber «librado España sus fuerzas más en las riquezas de las Indias que en las artes, con que las «podría haber conservado, las ha perdido».

Es evidente en qué forma debía ser funesta para la producción nacional la adquisición gratuita ó con retribución escasa de grandes sumas de metales preciosos. Sin este ingreso España para adquirir, por ejemplo, objetos de consumo por valor de cien millones anuales hubiera tenido que producir por aquel valor otros objetos que dar en cambio; y para esto habría tenido que conservar en actividad un capital de mil quinientos ó dos mil millones aplicado á empresas productoras agrícolas, mercantiles ó fabriles. La afluencia de metales preciosos que tan prodigamente nos suministraban las Indias, pudo reemplazar en este concepto á la producción nacional. Y de que muchos españoles menospreciaron la producción indígena para librar su suerte en los eventuales y precarios cargamentos de la flota y galeones, es de lo que se dolían amargamente nuestros políticos.

«Cuán diversa fuera nuestra suerte si aquellos ingresos anuales, en lugar de reemplazar á la producción indígena (dedicados á comprar productos extranjeros), hubieran sido destinados á promoverla!»

Pero no fué este el grave mal que produjo la irrupción de metales preciosos, sino otro, consecuencia de un hecho tan perspicaz y lucidamente expuesto por Moncada que no podemos menos de repetir sus palabras: «Antes del descubrimiento de las Indias, dice, solía «comprarse por un cuarto lo que ahora por «seis reales: valía el cobre tres tanto más que «agora la plata... y así más rico estaba uno «con cinco reales en cuartos que ahora con cinco «... Y con la abundancia de plata y oro ha «bajado su valor (como suele bajar con la abundancia de cuanto hay) y consiguientemente ha «subido el de lo que se compra con la moneda; «y así se estima el oro y la plata en poco, y se «agasta prodigamente, y se introducen altos «precios en todas las cosas (Disc. III, cap. 2).»

Partiendo de los datos publicados por Humboldt en su *Ensayo sobre Nueva España*, el Sr. Colmeiro fija en 4,500 millones de pesos la suma de metales preciosos importados en España de América, desde su descubrimiento hasta principios del presente siglo, cálculo aproximado á los de nuestros escritores antiguos.

Nosotros no necesitamos descender á evaluar la cantidad importada en los siglos XVI y XVII. Basta á nuestro propósito consignar el hecho de la importación en muy grande escala, y como consecuencia, la subida general de precios que expone Moncada en el pasaje citado. En los escritos de nuestros políticos, los cuadernos de Cortes y los aranceles de tasas hallamos numerosos datos sobre el particular, pero basta también para formar juicio el saber que el precio de los granos subió progresivamente en tiempo de la casa de Austria hasta 7, 8 y 9 veces el coto establecido por los Reyes Católicos, siendo indudable que, si bien pudo influir la decadencia de la agricultura, fué este alza principalmente determinada por la depre-

ciación del numerario. Citamos con preferencia los granos, pues constituyen, según los economistas, la escala más exacta para apreciar los valores á largas fechas (3).

La depreciación del numerario, y en particular de la plata, efecto de su abundancia, fué extensiva al resto de las naciones; pero en ninguna se experimentó primero, ni con tanta intensidad, porque la corriente afluía á España, y aquí embalsaron los metales preciosos ántes de refluir sobre Europa.

S. Moncada (1619—disc. III, c. 5), G. Cevallos (*Arte Real*. 1625—doc. 23) y otros dicen que los metales preciosos valían más en las naciones extranjeras que en España. F. Murcia de la Llana (*Discurso político*, 1644), manifiesta la ganancia que los extranjeros tenían extrayendo de España la plata, pues el marco de valor de 68 rs. aquí, valía según él, 96 en el extranjero, y además ganaban en la liga. Martínez de la Mata (*Discurso I*, 1653), decía, en fin, que cada millón que se llevaban los extranjeros, valía fuera más de cuatro.

La consecuencia de tener fuera la plata mayor valor que en España, era que los extranjeros pudiesen vender sus productos más baratos que los españoles, y que en la competencia sucumbiese necesariamente la producción indígena.

Los extranjeros compraban más baratas en sus respectivos países las primeras materias. Los jornales eran allí menores que en España, según M. de la Mata (Disc. VI). Y prescindiendo de estos dos elementos del precio, aun cuando se comprasen en España las primeras materias y fuera igual el coste de la mano de obra, los extranjeros podían dar sus productos mucho más baratos que los españoles, porque como dice el citado Mata (*Discurso VII*), «no miraban á lo que aquí valía la plata sino á lo «que les había de valer *extraída*.» Como el productor extranjero se llevaba el precio de los objetos adonde valía más el numerario, necesariamente había de poder darlos por menos cantidad de este que los productores españoles.

El estancamiento de los metales preciosos en España que produjo este fenómeno económico, se verificó en el siglo XVI. Con el reinado de Felipe III, próximamente, principió la extracción en grande escala, mediante la importación de mercaderías que arruinó á la producción nacional como veremos más adelante.

Siempre había salido al extranjero una parte considerable del numerario americano, tanto por el sostenimiento de los ejércitos que España mantuvo constantemente fuera de la Península, y en general por los cuantiosos gastos ocasionados por la política internacional, como por efecto del comercio extranjero; pero entonces fué cuando principió la grande extracción. Caja de Leruela decía en 1651 que «cuanto oro y plata «entraba de las Indias parecía tesoro de duendes que el mismo viento que lo trae lo lleva;» y los políticos del reinado de Felipe IV se quejaron de que llegó á experimentarse verdadera escasez de numerario, por consecuencia de venir por muchos años exportándose mucha mayor cantidad de metales preciosos que la que venía de América.

Sin embargo de esta gran extracción, el valor de los metales aun fué menor en España que en el extranjero, según los testimonios de Murcia de la Llana y de Martínez de la Mata que escribieron á mediados del siglo XVII. Ya en la segunda mitad de este siglo, según Mata, (disc. VII.), los buhoneros conocidos en Madrid con el nombre de *cajeros* se dedicaban á comprar plata labrada, fundirla y exportarla en barras, en cuya forma, (según un memorial dirigido al Consejo de Castilla por los plateros de la corte) recogían tanta cantidad que la trena ó plata quemada montaba 200 marcos por semana.

(3) Nuestros lectores conocen, seguramente, la naturaleza del numerario.

Necesitando los hombres en sociedad comunicarse sus respectivos productos, y habiendo de suceder que la persona que posee los objetos deseados por otra no necesitare los poseídos por esta, por lo que no sería posible á cada instante su adquisición por permuta, fué indispensable introducir, ó como intermedio en los cambios, un objeto á mercancia con la que, siendo por todos aceptada en tal concepto, se pudiesen adquirir todas las cosas. Tal fueron el oro y la plata.

El valor de estos metales no es convencional, sino intrínseco y real, como el de toda otra mercancia, determinado por su abundancia ó escasez.

La causa principal de ser estas las mercancías al efecto admitidas, es que para intermedio de los cambios y escala de valores se requieren objetos cuyo valor sea en lo posible inalterable, y ninguna mercancía tiene valor más fijo y constante que la plata y el oro.

Sin embargo, sólo poseen esta cualidad hasta cierto punto, pues su valor varía con el tiempo, y en particular por hechos tales como la explotación de las riquísimas minas de plata de Méjico y el Perú, y como en el presente siglo la del oro de California y Australia.

Por esta razón cuando se trata de apreciar valores en épocas muy lejanas, se considera escala más exacta el de los granos.

Finalmente, débese tener en cuenta que el Gobierno sostuvo la depreciación de los metales preciosos con disposiciones tan funestas como la creación de la moneda de vellón, y que debió influir asimismo la paralización del tráfico producida por la decadencia, pues cuanto menor sea el comercio se requiere menos numerario.

NARCISO MUÑOZ DE TRUJADA.

## LA VOTACION DEL SENADO.

Ayer tarde terminaron en el Senado los debates relativos á la enmienda presentada por el Sr. Seijas Lozano, que fué desechada por 100 votos contra 63.

La enmienda no era ciertamente radical, sino moderada; no se condena en ella abiertamente el reconocimiento del llamado reino de Italia; no pide sus autores que se tenga por nulo este acto; menos aun que el Gobierno se declare campeón decidido de los derechos soberanos de la Santa Sede y acuda á su defensa en todos los terrenos. No, los senadores moderados, ondulando entre el reconocimiento de la Unión liberal y la protesta de los católicos españoles, se limitaban á *lamentar que el Gobierno de S. M. no se detuviese ante la gravedad del reconocimiento del reino de Italia y de sus incalculables consecuencias; á censurar la ocasión, la forma y los medios elegidos para realizar ese acto. ¿Qué moderación en los conceptos! ¿Qué de rodeos y sacrificios en el modo de expresarlos!*

Volvemos á decirlo: á la tendencia liberal del Gobierno, que ha hecho ese reconocimiento movido del deseo de quitarle la bandera á los partidos revolucionarios, según confesión del ministro de Estado, el moderatismo senatorial no ha sabido oponer otra tendencia esencialmente restauradora, planteando clara y denudadamente una cuestión capital y decisiva. No es extraño; los moderados no han hecho nada explícito y eficaz en favor de la Santa Sede en la ocasión presente; no han acudido á sus necesidades pecuniarias; no han mostrado empeño por atajar los visos de la revolución; han aligido á la Iglesia con las restricciones y salvaguardias puestas á la Enciclica *Quanta curia*; han temido perder su libertad de acción declarando el propósito que revelan ahora que están en la oposición de no reconocer jamás la obra de Víctor Manuel. ¿Qué maravilla, pues, fuese tibia y meticulosa la censura de los moderados contra los autores del reconocimiento? Así se explica también que los mismos que, con su enmienda pretendían que el Senado pronunciase un voto de censura contra el Gobierno, han visto trocado su papel de acusadores en acusados; y sentados en el mismo banquillo que dispusieron para el ministerio, han visto acusados de tendencias favorables al acto que ahora juzgan. Ciertamente que han procurado sincerarse, y aun les hacemos la justicia de creer que en efecto no pensaron reconocer á Víctor Manuel; pero la necesidad de defenderse, ¿no ha entrado por mucho en la debilidad de sus ataques? Su misma defensa, ¿no es indicio de que sus obras no eran claras, por lo cual habían monester sus autores consagrar gran parte de sus fuerzas á disipar las sombras en que las habían envuelto? Si en vez de haber girado la discusión sobre la enmienda del Sr. Seijas, hubiera versado sobre la redactada por el señor Huet, ¿habría podido el ministro de Estado volver contra su autorías armas empleadas por este, como lo ha hecho con los senadores moderados? ¡Ah! el triunfo alcanzado por el Gobierno, era fácil sobremanera; y así no tiene este por qué gloriarse: ha visto delante de sí á unos adversarios débiles, tímidos, sospechosos acaso de emplear sus armas, templadas por la Religión, en pró del partido moderado, que pretende volver al poder; y hé aquí la razón de que la cuestión debatida, grande y bella como debía ser, se haya mostrado pequeña y descolorida. El triunfo del ministerio es, pues, poco glorioso.

Aun lo es menos si se consideran los elementos materiales, es decir, numéricos, á que debe su victoria. Dedúzcase de los cien votos que han desechado la enmienda del Sr. Seijas votando con el ministerio, treinta y ocho que dependen del Gobierno en razón de sus empleos, además de los seis señores senadores que forman parte de la servidumbre de Palacio, y después de comparada la cantidad que resta con los sesenta y tres que votaron en contra, véase á lo que ha quedado moralmente reducida la victoria.

Y ya que vamos clasificando una parte considerable de los votos á que debe su triunfo el ministerio, séanos lícito notar antes de concluir el voto de tres personas cuyos nombres llaman ciertamente la atención en el cuadro de senadores ministeriales. Son los Sres. Llorente, general Córdova y marques de Heredia. El Sr. Llorente, ministro de Estado con los mis-



mos señores que han hablado y votado contra el reconocimiento, lo acepta ahora, aunque declarando que en el Gabinete de que formó parte no se habló siquiera de reconocer a Víctor Manuel. ¿Qué gabinete era aquel en que desempeñaba la cartera de Estado el mismo que después ha asentido al reconocimiento condenado por sus miembros más caracterizados?

También el general Córdova ha votado por el reconocimiento, ¡el general Córdova, que años atrás fué a combatir en Italia a la revolución sacrilega espoliadora, y a defender a la Santa Sede de sus enemigos! ¿Cómo se ha podido ocultar al heredero de nombre tan glorioso, al jefe ilustre de aquella expedición católica, que los espoliadores de hoy son los mismos que los espoliadores de ayer, a quienes fué a contrastar, los mismos si no con identidad personal, al menos con identidad de espíritu y de tendencias, de ambición y de furor?

Cuanto al señor marqués de Heredia, el cantor que nos deleita en *La Armonía* con sus tiernas composiciones, en que se exhala puro sentimiento católico, ¿cómo ha podido colocarse al lado de un ministerio reconocedor de la Italia una? ¿cómo asociarse a un hecho que ha entristecido el corazón de nuestro Padre común, resignado en medio de su dolor al sólo anuncio de lo que ha aprobado el ilustre marqués? Ciertamente que antes de votar preguntó el nuevo senador por el sentido que tiene el hecho ejecutado por el ministerio; y como oyese que este sentido era favorable a los deseos de su noble alma, votó. Esta conducta salvará, no lo dudamos, la conciencia del joven senador, pero no salvará su voto. Los hechos se aprueban o reprueban por razón de su objeto, no por razón de la intención de sus autores. Ahora bien: si quiere el señor marqués conocer la trascendencia del reconocimiento, pregúntelo a los millares de españoles católicos que protestaron contra él; pregúntelo al corazón de la mujer y del niño, santamente inspirados por la luz divina que cunde con radiante aureola su inocencia; pregúntelo a la triste resignación del Papa; pregúntelo a nuestros Prelados; pregúntelo, por último, a sí mismo, a quien apelamos sinceramente del voto que ha pronunciado en el Senado.

Tratando el diario unionista *La Verdad* de negar los rumores de desgarradoras disidencias entre los hombres aliados en la *Union liberal*, rumores que han nacido, como siempre, en su seno, se expresa en estos términos:

«Mientras en son terrorífico anuncio los enemigos de la situación actual, ya el desacuerdo sobre una y otra cuestión en el seno del Gabinete; ya la defección de este o el otro personaje político; ya el completo abandono de amistosa actitud de los hombres más notables de la mayoría parlamentaria, es lo cierto, que ni en el seno del Gabinete hay disidencias, ni los personajes a quienes se intenta audir se apartan del sendero que les marcan sus antiguas creencias y tradicionales compromisos, y en vez de sonar la hora tremenda de la disolución, se hace por el contrario más compacto y uniforme el propósito de los hombres de *Union liberal*, de dar fuerza y prestigio a la bandera que con tanta gloria suya, y con tantas ventajas para el país, enarbola el ilustre vencedor de Africa.»

«Deberemos ver en estas seguridades, tan terminantes, la confirmación de lo que se deja entrever en los siguientes renglones, tomados de una carta del correspondiente madrileño del *Euscaluna de Bilbao*?

Dice así el correspondiente:

«Continúan guardando una actitud reservada varios periódicos unionistas, respecto a los proyectos de ley presentados al Senado.

«Los que se tienen por hombres de doble vista creen ver en aquella actitud la confirmación de sus sospechas de que tales proyectos se presentaron para dar una prueba de cumplimiento a ciertas promesas, pero con la intención de que no llegasen a ser leyes sin sufrir una gran modificación en el seno de las comisiones.

Si estas sospechas llegasen a realizarse, no redundarían ciertamente en pró de la franqueza y buena fe política del Gabinete, y menos en las de la mayoría.»

«Estamos acostumbrados a ver tanto y tanto, que... francamente, no nos sorprenderá que esto se realice.»

Supónese que la discusión del mensaje caminará ahora más de prisa en el Senado, pues ha perdido su principal interés después de desechada la enmienda del Sr. Seijas Lozano.

Sin embargo, aún esperamos con anhelo oír en favor de la Iglesia la elocuente voz del señor marqués de Vaamonde.

Dice *El Espíritu Público*:

«Sigue preocupada la pública atención por la noticia de que navegan por costas españolas algunos corsarios chilenos. Esta noticia es sumamente exagerada. El comercio puede estar tranquilo, porque no hay tales corsarios.»

Mucho nos alegraríamos de que la anterior noticia fuese cierta; pero a la verdad nos parece un poco aventurada. Creemos que el Gobierno mismo ignora a estas fechas si hay o no corsarios chilenos.

*El Irurac-bat*, diario bilbaíno, combate a los diputados vizcainos por haberse adherido a la enmienda presentada al proyecto de contestación al discurso de la Corona por el Sr. Nocedal.

Con decir que uno de los párrafos más importantes de la enmienda envuelve una enérgica protesta contra el reconocimiento del la-

mado reino de Italia y que quien combate a los diputados vizcainos es un diario defensor de Garibaldi, el ataque de *El Irurac-bat* se convierte en elogio.

En Londres se ha calmado mucho la agitación que reinaba con motivo del bloqueo, agitación producida por los comerciantes, que sólo escuchan la voz de su interés individual. Según dice el *Times*, los ingleses establecidos en Santiago y Valparaíso, habían formado inventario de sus bienes, depositándolo en poder del cónsul de su nación, con la mira de que el Gobierno español les indemnizase de los perjuicios que sufran, los cuales quieren justificar cotejando el resultado que arrojen sus libros antes y después del bloqueo. Esta ridícula pretensión se censura hasta por los periódicos mismos de Londres, siendo imposible que el cónsul haya acogido semejante solicitud, que está en contradicción con el derecho internacional, por medio del cual pueden las partes beligerantes establecer un bloqueo sin que ningún particular tenga derecho a reclamar indemnización por los perjuicios que le irroguen las operaciones de la guerra.

Según verían nuestros lectores en el despacho telegráfico de Londres que publicamos ayer, en el Consejo de ministros celebrado en dicha capital el sábado último, bajo la presidencia de la Reina Victoria, se acordó redactar una nota circular, declarando que Inglaterra guardará la neutralidad más estricta en la guerra de España con la República chilena.

El hecho de haber apresado los Estados- Unidos un vapor que, según se sospechaba, estaba armándose en corso, destruye por sí sólo los recelos que hubiéramos podido concebir respecto a la actitud de aquella República para con España en la cuestión con Chile.

Há aquí cómo se expresa el *Herald* de Nueva-York:

«Podemos asegurar de la manera más positiva, que el Gobierno de los Estados- Unidos ha observado y seguirá observando, en la actual cuestión entre España y Chile, la más estricta neutralidad, y que está dispuesto a hacerla guardar, en este país, y a castigar con todo el rigor de la ley a cuantos traten de violarla.»

En consonancia con esta noticia, añade otro periódico que, según le consta por conductos fidedignos, es absolutamente falso que en los puertos de la Unión se estén armando corsarios chilenos como se ha dicho, especialmente en la Habana, donde a la salida del último correo circulaban rumores muy alarmantes.

Aun más ya que el ilustre predicador, el reverendo Padre Félix, predicará la próxima Cuaresma en la iglesia de Nuestra Señora de París. Excusado es advertir a nuestros lectores que este año, como los precedentes, les daremos las pláticas o Conferencias de este eminente orador sagrado, en forma de libro para que puedan encuadernarse.

Es verdaderamente triste lo que escriben de la Corona a un periódico:

«Cada mes hace, dicen el correspondiente, que no perciben sus haberes los párrocos de Clero en dicha diócesis, siendo así que a las demás clases se les abonan sin retraso alguno sus asignaciones.»

Llamamos sobre este particular la atención del Sr. Alonso Martínez, esperando que dictará en el acto las órdenes oportunas para que los así perjudicados no sean de peor condición que los demás acreedores del Estado.

#### CONFESIONES LIBERALES.

Con el epígrafe siguiente escribe *El Eco de País* algunas líneas cuyo valor no tiene precio en boca de un periódico liberal:

«La Opinión.

Monstruo de cien cabezas llamaba Figaro a la opinión pública: al menos en su tiempo había opinión, aunque monstruosa, y aun teniendo tan variadas lisnomías: en el nuestro la opinión es un mito; un fantasma que tiene forma y que se desvanece siempre que intentamos tocarle.

Indudablemente debemos a todos los partidos tan completa transformación. Hemos trabajado constantemente con tanto afán por crear diferentes opiniones públicas que al fin de la jornada nos hemos encontrado, como era de esperar, con que no tenemos ninguna.

La opinión pública se ha manifestado en muchas ocasiones sin que nadie le haya hecho gran caso, y cansada de exhibirse inútilmente se escuda con la indiferencia y no se toma el trabajo de manifestarse, o se manifiesta a intervalos tímida y encogida como que vaga errante y temerosa por una tierra extranjera é inhospitalaria.»

Correspondencias del Pacífico que alcanzan al 17 de Diciembre, dicen que nuestros marinos tenían gran confianza en la actividad y pericia del Sr. Mendez Nunez. Generalmente se creía que la escuadra se reuniría pronto en Coquimbo y que allí tendría lugar una junta de jefes para acordar alguna operación ofensiva contra Chile, y no sabemos si contra el Perú.

Decíase también como cosa probable que una vez realizado el plan que se acordase, con objeto de dejar prontamente vengado nuestro pabellón, la escuadra abandonaría el Pacífico para volver a la Península, o por lo menos para esperar en Montevideo órdenes del Gobierno;

pero *La Correspondencia* dice que esto dependerá de las circunstancias, y que lo más probable es que permanezca allí hasta que reciba la bandera española la satisfacción que exigen los agravios recibidos.

El jefe de la escuadra, como es de suponer, no había comunicado a nadie su pensamiento, y por consiguiente, cuanto de esto se dijera no pasaba de conjetura.

Por la vía de Panamá se han recibido también noticias del Callao que alcanzan al 3 de Enero.

El jefe de la escuadra española, a fin de encontrarse siempre fuerte delante del enemigo, había formado con sus buques tres divisiones, a pesar de haber recorrido todos los puertos de la costa, no habían podido encontrar los buques de guerra chilenos.

El Sr. Mendez Nunez en persona se había presentado delante de las Chinchas con las fragatas *Villa de Madrid* y *Berenguela*. Pero la fragata peruana *Amazonas* y la corbeta chilena *Maipú* habían salido de las Chinchas dos días antes.

Según dice *La Epoca*, los Estados- Unidos han apresado al buque *Meteoro*, que parece que se preparaba a hacer la guerra a España por cuenta de Chile.

Estas precauciones son ya inútiles supuesto el rompimiento de relaciones entre el Gobierno de Chile y el de Montevideo, precisamente por querer este conservar una estricta neutralidad en la cuestión hispano chilena.

#### Leemos en la Patria:

«El Gobierno español, dice la *Patria*, para atestiguar su reconocimiento a los de Francia é Inglaterra, cuyos buenos oficios había aceptado en la cuestión con Chile, acaba, según se dice, de comunicar las instrucciones que ha enviado a D. Castro Mendez Nunez, que ha tomado el mando de la escuadra del Pacífico a la muerte del general Pareja.

«Se asegura que estas instrucciones prescriben en sustancia al general español que no atienda al bloqueo establecido para hacer a los chilenos una guerra marítima enérgica, cuidando mucho de que sean respetadas las propiedades neutrales. El Gabinete de Madrid declara, además, que provocó por los chilenos que conocían ya, cuando atacaron la *Coatonga*, sus intenciones conciliadoras y los deseos pacíficos de las grandes Potencias, sólo trató de paz cuando se haya vengado el insulto hecho al pabellón español.»

Una correspondencia particular fechada en Londres el 1.º del actual dice que en aquel mismo día fueron presentadas en el tribunal del lord corregidor por el cónsul de España las declaraciones solemnes de dos marineros pertenecientes a la fragata *Independencia*, cuyo contenido no deja duda del objeto que dicho buque se propone.

Dice así la primera declaración:

«Yo, Jorge King, del navío peruano *Independencia*, actualmente en el puerto de Greenist, declaro ser subdito inglés; que en el sábado 20 de Enero he sido contratado por el capitán de aquel buque como marinero con destino de Londres al Perú u otro cualquier punto, por 16 pesos al mes.

Que he firmo de las cláusulas en el día 25 y recibí la orden de pasar a bordo; que en su consecuencia permanecí a bordo hasta esta mañana en que vine a tierra con orden de uno de los oficiales, por no hallarse el buque listo, dándoseme instrucciones para estar pronto a regresar a dicho buque al momento que aquello suceda; que durante mi estancia a bordo he oído al capitán decir a la tripulación que tendríamos que luchar en nuestro viaje al Perú contra cualesquiera buques españoles que pudiéramos hallar en nuestro camino; que después de pasar la costa de Francia otro buque se nos uniría, y que este buque se halla en Londres.

El capitán nos preguntó a todos si estábamos dispuestos a luchar en nuestro viaje al Perú con las dotaciones que teníamos. La tripulación contestó que sí. La bandera peruana flotaba cuando he dejado el buque, y así había estado por tres días. El buque es un navío con casco de hierro, y sus cañones están marcados con el nombre *Armstrong*. He visto también grandes cantidades de balas, metralla y pólvora traídas a bordo diariamente desde mi estancia. El capitán y los oficiales usan uniforme, y se dan el nombre de oficiales de la armada peruana.

He preguntado cuántos éramos, y un compañero me contestó que de 250 a 300, pero que faltaban todavía veinte hombres. Había a bordo del buque ingleses, alemanes, franceses, peruanos, noruegos, portugueses, griegos y americanos.

El capitán y los oficiales son todos peruanos, y hablan el mismo idioma. El capitán me dijo que esperaba de mí el trabajar en el buque y luchar cuando fuera preciso. Lo mismo dijo a los demás. El capitán nos leyó un papel en el cual decía que todo buque español a nuestro alcance sería tomado. He oído a los marineros decir que los de primera clase recibirían 20 pesos, los de segunda 18 y los de tercera 16 por mes. Todos los uniformes y camisas se encuentran a bordo. El de los marineros consiste en camisa de lana azul, pantalones azules de paño, faja encarnada con borla, y gorra azul de paño con cinta y el nombre del buque en ella. He visto de tres a cuatrocientos hombres a bordo, trabajando noche y día durante los últimos tres, para poner el buque listo. He visto también el otro buque de que el capitán nos habló se uniría al nuestro. Es un buque de madera, actualmente en los «Docks East India» en Londres, y tiene la bandera chilena. Me han sido pagados dos meses de sueldo, y hago esta solemne declaración.

La del otro marinero es parecida.

Como ayer prometimos, insertamos hoy, tomado del *Diario de las Sesiones*, el discurso del Sr. Huet, que la severidad del presidente del Senado redujo a tan cortas dimensiones.

Por lo mismo que el orador era el primero y

el único que hasta entonces había sostenido en la discusión ideas francamente contrarias al liberalismo, parece que el señor duque de la Torre debía haber sido más condescendiente con el Sr. Huet.

Pero... así va todo.

#### DISCURSO DEL SR. HUET.

El Sr. HUET: To los señores senadores habrán oído las diferentes alusiones que se han hecho relativas a mi persona en los días anteriores, ya por el señor Seijas, ya también por el señor ministro de Estado. Yo sólo he podido leerlas, porque durante los mismos días he estado enfermo é imposibilitado de salir de mi casa, y por tanto de asistir a las sesiones de este Cuerpo; pero conoceré el Senado la necesidad que tengo de contestar a dichas alusiones, algunas de las cuales francamente esperaba, otras de ellas que no eran por mí tan esperadas. Pero, hombre de ley durante mi vida, consagrado toda ella a pedir y procurar por el cumplimiento exacto de las leyes fuera de este sitio y aquí, encargado muchas veces de la observancia severa del reglamento, no voy adelante sino tengo el permiso y la venia del Sr. Presidente para lo que voy a decir.

La alusión consiste en que yo había redactado y hasta entregado en la secretaría de este Cuerpo una enmienda: esta es la verdad. Dicha enmienda se refiere a la más completa impugnación del reconocimiento del reino de Italia. Pues bien: si he de hacer extenso uso de la alusión, tengo que entrar de lleno en este asunto. Si el señor presidente me lo permite, lo haré, si no, conozo lo que prescribe el art. 76 del reglamento, y me someto.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Huet, que conoce el art. 76 del reglamento, que conoce también los deberes que me impone este puesto, comprenderá perfectamente que no puedo permitirle que conteste a la alusión con la amplitud que S. S. desea. Lo único que puedo hacer es permitirle que se ocupe de dicha alusión, pero sin salirse de ella.

El Sr. HUET: Me someto gustoso si se quiere a la autoridad que respeto del señor presidente. Tengo la desgracia de ser la primera víctima de la rigurosa observancia del reglamento en este año, y lo he sido siempre; aquí se ha permitido con motivo de alusiones decir todo cuanto ha convenido acerca del punto que estaba sometido a la deliberación del Senado.

Conozco que el señor presidente tiene el derecho que ejecuta, y me someto; sólo niego a S. S. una cosa, y es que sometiéndose de buena fe a limitarme al uso del derecho que me concede la alusión personal, no me inquiete S. S. aunque vea que ciertas indicaciones (que no voy a hacer más) que manifestaré, tienen alguna pequeña amplitud.

Como de alusión personal se trata, me veo en la triste situación de hablar de mi persona, que no merece ni por un instante ocupar la atención del Senado.

Recordarán los señores senadores que nunca he desperdiciado ni una sola ocasión en que no haya impugnado completamente cuanto en Italia se hacía en contra de los derechos más sagrados de naciones independientes, en contra de los derechos de Principes legítimos, y muy especialmente a cuanto se hacía en contra del Padre común de los fieles. El año 62, abogando por la unidad católica, el bien más grande que poseemos, levanté mi voz de la manera que pude para protestar contra lo que en Italia se hacía hollando el derecho, la justicia y cuanto más sagrado hay entre las gentes.

Posteriormente entraron a mandar las personas con quienes más alinidad tienen mis principios políticos.

Pues bien: el año pasado, siendo presidente del Consejo el respetable señor duque de Valencia, y discutiéndose el proyecto de contestación al discurso de la Corona, se trató de la cuestión de Italia, y sin desconfiar yo, porque no debía desconfiar que dicho ministerio pudiera seguir en el camino del error funesto de reconocer el reino de Italia, todavía levanté mi voz alzada por 35 alusiones personales que me precedieron, para decir pocas palabras, pero con la energía de que soy capaz, en contra de la posibilidad de ese reconocimiento, no obstante ser amigos míos los que estaban en el poder. Sin embargo, no dudaba que no haría el mencionado reconocimiento: ¿cómo había de dudarlo cuando estaban en el Gabinete personas que conmigo habían votado hace treinta años el diezmo y reclamado el restablecimiento de alguna de las comunidades religiosas? Pero aun subsistiendo aquel ministerio, si hubiese llevado a cabo el reconocimiento, hubiera levantado mi voz contra el fatal reconocimiento.

Vino después la cuestión de presupuestos; existía el mismo Gabinete, y no separándose de él ni en el seno de la comisión, presenté la protesta más fuerte que puede hacerse contra la posibilidad del reconocimiento del reino de Italia, fundándola en la traslación de nuestro encargado de Negocios a la ciudad de Florencia y en la supresión de la legación de Nápoles. De la referida protesta se dió cuenta en la comisión de presupuestos, y no se hizo uso de ella por entonces.

Pero entró en el poder el ministerio actual, y su presidente, el señor duque de Tetuan, manifestó en el Senado su propósito de reconocer el reino de Italia, y faltóme tiempo para subir a esa tribuna y levantar mi voz para protestar contra la posibilidad de semejante reconocimiento. Tengo pues necesidad de insistir siempre en este propósito. Estos son los antecedentes que me movieron a firmar desde luego una enmienda al proyecto del mensaje.

Ya desde luego, en calidad de particular, había acudido a los pies del Soberano Pontífice protestando que sobre mí no caía la responsabilidad de ciudad del reino de Italia, que yo no tenía la culpa de que pesaran sobre España actos de esa clase; pero esto no bastaba; era un acto particular.

Vino, pues, la ocasión en que nos hallamos: se presentó la contestación al discurso de la Corona; oí con profundo dolor la parte que de él se refiere a Italia, y firmé desde luego mi enmienda. No tuve reparo en que la leyaran mis amigos.

Desde luego me hizo la honra de firmarla el señor marqués de Vaamonde, haciendo el sacrificio de no presentar una en el mismo concepto. También me hizo igual honra el señor conde de Cheste, y tuvo además la bondad de hacerla algunas correcciones en su exquisito gusto literario, adhiriéndose completamente a ella. El señor conde de Torre-Díaz y otros, dispensándome igual favor, me buscaron también para firmarla. Mi enmienda, que no leeré porque no quiero

abusar de la benevolencia del Senado, la entregaré a los señores taquígrafos para que resulte en el *Diario de las Sesiones*: era a juicio de algunos excesivamente radical, como ahora se dice, y si en tal concepto creí que pudiese causar daño a la causa que defendemos, creyésemos oportuno presentar otra en términos no tan fuertes y decisivos, que no propendiese tanto como la mía al restablecimiento, en cuanto sea posible, de la legalidad. Las personas que así calificaban, y que tenían mis mismos principios, hubieron de proponerme que no la presentase, y me vino para que pudiera discutirse y votarse lo que ha tenido la complacencia de oír el Senado, apoyada por el señor Seijas. Yo no podía insistir, con tanta menoscabación, cuanto que el Senado no ganaba mucho en ser yo el pobre sostenedor de causa tan importante, en que pesara sobre mis débiles hombros la defensa de esa causa, porque no alcanza mi capacidad ni mi inteligencia a expresar lo que mis deseos y mis convicciones. Esta es la historia de la enmienda, que es pública; ya la conocen los señores senadores; para insertarla sería necesario que la leyese; pero no quiero cansar al Senado.

Ahora, sin faltar al señor presidente, porque no voy a entrar en demostración, renuncio a entrar en toda demostración porque tengo la confianza de que se ha hecho mucho mejor por el Sr. Seijas, y que todavía se levanten elocuentísimas voces para defender esta causa, que yo, aunque con tan buenos deseos, no acertaría a defender tan bien. Sin faltar, pues, al propósito de alusión personal al señor presidente, pues no voy a argumentar ni a comprobar, sino a indicar, paso a manifestar los fundamentos de mi enmienda y a justificarlos de algún modo.

Era el primero, señores, impugnar el reconocimiento del reino de Italia, hecho de buena fe, claro está, pero con el error más profundo y funesto con que ha podido proceder ningún Gobierno, porque este reconocimiento envuelve necesaria, irremediable é irremisiblemente el aniquilamiento completo del poder temporal. Duéleme en el alma no poder demostrarlo como quisiera, y lo demostraré en breve; pero no entro en demostración, porque ya no me sería permitido.

El Sr. PRESIDENTE: Señor senador, V. S. sabe lo que ocurrió con motivo de su enmienda; la mesa tuvo una condescendencia de que en este momento debería arrepentirse; V. S. la presentó condicionalmente.

El Sr. HUET: No me quejo de eso, no señor.

El Sr. PRESIDENTE: Pero si S. S. sostiene esa enmienda, en lugar de discutirse las dos que se separan más del proyecto, se discutirán tres; y sabe S. S. que el reglamento lo prohíbe.

El Sr. HUET: Por eso retiré la mía; pero se me ha aludido por la enmienda y sobre la enmienda: no voy sin embargo a hablar de esa cuestión; pero conste que en mi deseo de impugnar el reconocimiento del reino de Italia, he hecho ese sacrificio, y que no me arrepiento. Acabo de sentar una proposición ciertísima; no la he demostrado: ¿puedo hacer más?

Digo que el reconocimiento de Italia envuelve el aniquilamiento completo: ¿así pasajeramente, otra cosa no puede ser, no por los hombres; mi confianza es más alta; hemos de ver el triunfo de la causa de nuestro Santísimo Padre Pio IX; pero el aniquilamiento es innegable por de pronto. No digo más; mucho tendría que decir que podría demostrar matemáticamente; no lo hago. Pues bien: entrando en otras indicaciones, el reconocimiento rebaja nuestra importancia, nuestro carácter, ante los ojos de la Europa.

Digo que en el carácter de la nación española, esencial y exclusivamente católico, el señor ministro de Estado ha convenido conmigo; pero al decir S. S. que el carácter de la nación española es esencial y exclusivamente católico, no lo ha pasado muy detenidamente S. S. Si yo no tuviera la presión de la mesa, le haría ver bien por menor hasta dónde llega ese carácter; yo le haría ver nuestras costumbres, nuestra historia que todo el mundo conoce, nuestros saludos mismos, los saludos oficiales, todo es católico, y gracias a Dios, es lo único que nos puede salvar. Pues nosotros aparecemos ante la Europa tal vez rebajados por efecto de civilización o por otro concepto, pero siempre somos eminentemente católicos, y no hay otra nación, ninguna; nos ha costado mucho; la Divina Providencia nos ha hecho este bien, que su misericordia nos conservará así; si nosotros aparecemos en el mundo ante la Europa, contrariando completamente nuestro carácter, claro es que nos habremos rebajado, y siendo así, hemos perdido toda la autoridad para tratar de este asunto.

De manera, que en lugar de haber adquirido por el reconocimiento capacidad, autoridad, disposición para tratar convenientemente en favor de la Santa Sede, lo hemos perdido completamente. Ma permito sólo esta indicación, y paso a otra.

Señores: de mezclar la cuestión religiosa con la política, hacia el señor ministro de Estado cargo al señor Seijas.

El Sr. PRESIDENTE: Eso no es de la cuestión de V. S., que debe limitarse a la alusión del Sr. Seijas; y si conoce lo que ha ocurrido con la enmienda, no parece regular que entretenga al Senado acerca de si se discute esta enmienda o la otra.

El Sr. HUET: Señores: yo no entraba en esa cuestión: yo estaba demostrando todo el daño que ha causado en los intereses y sentimientos de nuestra patria el reconocimiento del reino de Italia.

Consta, pues, señores, que se trata de ahogar mi palabra. A todo el mundo se le ha concedido amplitud, mientras que respecto a mí se quiere sofocar mi voz.

Por consiguiente, acabaré: no era sin designio, y muy grande, lo que yo tenía que decir. Pero ya que eso no se me permite, yo os digo: señores ministros: si tenéis por gloria el haber reconocido el reino de Italia, guardaosla toda para vosotros: a mí pobre entender, sobre los peregrinos viejos en que está escrita la historia de nuestra patria se arroja un borron que yo, y conmigo muchos señores senadores que se sientan aquí y millones de españoles que están fuera de aquí, queremos que conste que no somos nosotros los que lo hemos arrojado.

Con el reconocimiento de Italia tenemos sobre nosotros una losa, una preta semejante a la que sobre mí pesa, puesto que se trata de sofocar mi voz: queremos evadir de aquella losa para proclamar que no la pusimos.

El Sr. PRESIDENTE: Señor senador, aquí no se trata de ejercer presión alguna. S. S. tiene derecho a pedir la palabra cuando guste y a decir lo que tenga por conveniente, pero en ocasión oportuna.



El Sr. HUET: ¿Cuándo, Sr. Presidente?  
El Sr. PRESIDENTE: En la discusión sobre la totalidad.  
El Sr. HUET: Tampoco, porque ya están comprometidos los tres turnos en contra.  
El Sr. PRESIDENTE: S. S. ha tenido tiempo de pedir la palabra para uno de ellos.  
El Sr. HUET: Soy uno de los señores más antiguos en la Cámara, pues hace veinte años que pertenezco a ella y pocas veces he molestado su atención, y sin embargo soy el primer senador a quien se aplica con todo el rigor las disposiciones del art. 68. Me someto; pero protestando que iba a decir cuanto pudiera en contra de lo que el Sr. Bermúdez de Castro ha expuesto relativamente al Santo Padre.

CORREO DE LA HABANA.

Hemos recibido periódicos y cartas de la isla de Cuba.  
El día 1.º del año celebró el ayuntamiento de la Habana sesión extraordinaria para el juramento de los nuevos concejales y elección de síndicos. Su presidente, el gobernador capitán general, obsequió al municipio con un magnífico banquete, según es costumbre de todos los años.  
El balance décimonono del Banco español de la Habana, hecho el 30 de Diciembre de 1865, arroja el siguiente resultado:

DEPARTAMENTO DE EMISION.	
Activo.	
Pesos fuertes.	2.866,666-66
Pasivo.	
	4.500,000
DEPARTAMENTO DE GIROS Y DESCUENTOS.	
Activo.	
Pesos fuertes.	15.338,629-24
Pasivo.	
	15.338,629-24

Se trabaja en el establecimiento de una línea de comunicación directa con el puerto de Colón, a fin de que en la Habana se tenga pronto conocimiento de lo que ocurre en el Pacífico.

Por el vapor Cuba llegado a la Habana, se había sabido en esta capital que los bárbaros de Santo Domingo se habían sublevado contra el general Baez y trataban de sustituirle con cualquier otro.

Se trata de establecer un nuevo buque de vapor en la línea de la Habana a Santiago de Cuba, tocando en Nuevitas, Gibara y Baracoa.

Por los balances de los principales establecimientos de crédito que funcionan en la Habana, resulta, que en fin de año tenían acumuladas en sus cajas, en efectivo metálico, o más bien, en oro acuñado, que es en la Habana la moneda en que se hacen los pagos, las cantidades siguientes:

	PS. FS.
Banco español.	8.377,752-19
Idem de comercio.	834,791-58
Sociedad industrial.	339,794-55
Banco de San José.	171,561-24
Seguros marítimos.	56,894-29
La Alianza.	68,254-96
Total.	9.568,828-59

En Matanzas un fuego horrible redujo a cenizas el 4 de Enero los grandes almacenes de D. Antonio María Maicas. Al procurar apagarle perecieron cuatro negros y quedaron con piernas y brazos rotos catorce o quince.

Por la asociación de beneficencia domiciliar se ha fundado un hospicio en Matanzas, adonde tendrán ingreso y serán asistidos con todo lo necesario para su subsistencia, los que por su edad avanzada o alguna dolencia crónica no pudiesen trabajar y viviesen de la caridad pública.

Finalmente, en el Boletín de Cárdenas se lee que con fecha 15 de Enero había llegado en el tren de la una del día el señor general de ingenieros acompañado de varios jefes y oficiales del ramo con objeto, según se ha dicho, de pasar a los Cayos a examinar el lugar más adecuado para hacer una fortificación que ponga a cubierto aquellas costas de cualquiera intención.

A la salida del correo se disfrutaba de la más completa tranquilidad en toda la isla.

Dice El Español:

«El Sr. Nocedal nos ha demandado de injuria por nuestro artículo sobre incompatibilidades parlamentarias. Ya en nuestro número de 31 de Enero último manifestamos que si el Sr. Nocedal se creía ofendido en su honor por nuestro artículo, estábamos dispuestos a darle en el juicio de conciliación todas las explicaciones que juzgase necesarias.

Con este motivo añadimos lo siguiente: «Nuestra intención fue sólo, la de discutir un asunto político, y si habíamos del Sr. Nocedal y de su actitud era para probarle que en los funcionarios públicos puede haber y hay tanto desinterés, tanta independencia, y a veces más, que en las otras clases sociales, y que el mal que el elocuente orador quería evitar, no se evitaba con impedir a los funcionarios que tomase parte en la conlocución de las leyes. Nosotros respetamos al Sr. Nocedal, como respetamos a todos los hombres de su talento y a todos los disidentes de él en materias políticas, no faltaremos nunca intencionadamente a la consideración personal que nos merece.»

En vista de estas leales explicaciones, el Sr. Nocedal se ha dado por satisfecho.  
Nosotros, que al escribir el artículo procuramos tratar al Sr. Nocedal con todo el respeto que su talento nos merece, no tuvimos la menor intención de injuriarlo, porque estamos seguros de que en los actos de su vida política ha preterido y prefiere el bien público a su particular provecho, y mira siempre más que a la propia conveniencia a la conveniencia del país. Nosotros, que sabemos que a su vasta instrucción y talento, debe la justa fama de que goza como abogado

y el aprecio en que le tienen los tribunales y sus compañeros de profesión, mal oíamos creer que en su larga carrera variase otra norma que sus convicciones y su patriotismo. Claro está, por consiguiente, que no ha podido ocurrirnos que el Sr. Nocedal recurra para acreditar su bafete a otros medios que los de su honrosa y bien merecida reputación de digno jurista, consulto, reputación que aumenta su fama de orador parlamentario.»

Dice un periódico de noticias:

«En una reunión celebrada anteayer por varios señores capitalistas, se trataron varias cuestiones relacionadas con los asuntos financieros del país, con objeto de ponerse de acuerdo para prestar al Gobierno todo el apoyo que pudiera necesitar a fin de regularizar nuestra hacienda y llevar a cabo aquellas reformas y economías que puedan importar al crédito y desahogo del erario. Parece sin embargo que no llegó a tomarse un acuerdo definitivo, por haberse reconocido los buenos propósitos del Gobierno.»

El Sr. Salamanca, que era uno de los asistentes, leyó un escrito relativo a la conveniencia de abordar dos graves y trascendentes cuestiones que han preocupado mucho la atención de algunos periódicos, y que ofrecen grandes dificultades para resolverlas. Tales son la cuestión de las amortizables y el reconocimiento de los cupones. Tampoco sobre este asunto llegó a tomarse acuerdo.»

El mismo diario citado anteriormente dice en otro lugar:

«Un día de estos se presentará al Congreso una proposición de ley pidiendo que se exima de toda contribución por diez años a toda industria nueva que se establezca en el país. Parece que será firmada por los señores marques de Figueroa, Gasset y Artime, Romero Leal, Colmeiro, Campos de Orellana, Candau y Navarro y Rodrigo.»

Leemos en El Pabellón Nacional lo siguiente:

«Parece que el periódico unionista La Razon Española cesará en su publicación, refundiéndose en La Política.»

Se asegura que el Sr. Sawa, director de La Razon, será nombrado alcalde mayor de Trinidad de Cuba.»

Lo comprendemos.

Háblase, según La Epoca, de la próxima presentación de una rigurosa ley de empleados, en virtud de la cual se establecen reglas fijas para el ingreso y ascenso en todas las carreras, señalando pensiones de retiro al cabo de cierto tiempo a todos los que cobren haberes del Estado, en los cuales se hace una retención de un 3 por 100 para adquirir con el capital e intereses títulos del 3 por 100.

Parece que con el importe de este descuento se calcula que al cabo de cierto número de años el Estado no tendrá que abonar cantidad alguna para clases pasivas.

Varios periódicos publican las siguientes noticias:

«Ayer mañana salió para Lisboa la señora marquesa de los Castillejos. Parece que ha rehusado que la acompañe ninguno de los amigos particulares que se le habían brindado con este objeto. Fueron a despedirla, sin embargo, varios de los correligionarios de su esposo y otras personas de su particular estimación.»

Parece seguro que el general Prim no abandonará por ahora a Lisboa, pues no yendo a París, donde no se le mira bien desde la cuestión de Méjico, y siendo perjudicial a su salud el clima de la Gran Bretaña, prefiere permanecer en la capital del reino lusitano.»

En El Comercio de Cádiz llegado hoy, leemos lo siguiente:

«En la fragata mercante Concepción, que debe salir pronto para Filipinas, van treinta y tantos sargentos del ejército para cumplir en aquel lejano país la sentencia que se les ha impuesto por el consejo de guerra que, con motivo de los últimos disturbios, está funcionando hace días en Madrid.»

En el Amigo del Clero hallamos lo siguiente:

«El Reverendo Obispo de Almería, teniendo en cuenta que según lo dispuesto en el Real decreto de 11 de Noviembre de 1864, deben inscribirse en los registros de la propiedad los bienes inmuebles y derechos reales que poseen o administran el Estado y las corporaciones civiles o eclesiásticas, S. E. I. ha tenido a bien mandar que los Curas de su diócesis suspendan la inscripción de las casas y huertos rectorales hasta que se les comuniquen las instrucciones convenientes.»

Se ha hecho entrega en diferentes partidas por orden del señor gobernador eclesiástico, Sede vacante de Guadix, al Excmo. é Ilmo. señor Nuncio de Su Santidad en estos reinos, de 49,869 rs. a que ascienden los donativos recaudados para aliviar las tristes circunstancias en que se encuentra el Padre común de los fieles.

En la diócesis de Palma se han recaudado 241,808 reales con el mismo piadoso objeto.

Por el ministerio de Hacienda se anuncia en la Gaceta de hoy que el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Zamora ha hecho cesión canónica al Estado de los bienes del Clero de la diócesis referida, según lo estipulado en el convenio adicional al Concordato de 1851.

Del Boletín de Comercio de Santander copiamos las siguientes líneas acerca del sermón pronunciado por el venerable señor Obispo de aquella diócesis, a quien se oye cada vez con más gusto y sobre todo con mayor fruto, porque hermanando la doctrina con el ejemplo, acaba de conducirse en las críticas circunstancias por que ha pasado aquella capital, con el heroísmo y caridad propios de un Apóstol.

Con motivo de la festividad que en el día de ayer (día 2) celebró la Iglesia, nuestro Prelado subió al púlpito y pronunció un correcto y bien ordenado discurso, cuyo tema no pudo menos de llamar la atención del excelentísimo ayuntamiento y de la inmensa concurrencia que llenaba el templo: «La obediencia, dice el piadoso y caritativo Prelado de nuestra diócesis, de la Virgen y de Jesucristo a la ley de Moisés, estando, como estaban, exentos de su cumplimiento, es el modelo de la obediencia que nosotros debemos tener a las leyes divinas y humanas.» Este pensamiento, sublime y grandioso en todos los tiempos, es

en las presentes circunstancias de una importancia trascendental; y en su exposición se colocó el orador sagrado a una altura por su dicción correcta, por la profundidad de algunos pensamientos, encañados sin la hojarasca e hinchazón del lenguaje, que con frecuencia se advierte en otros oradores, por la unidad de todo el discurso y por el cumplimiento de todas las reglas del arte, que todas las personas inteligentes comprendieron muy bien que en medio de su ansiedad conserva las buenas disposiciones de un orador sagrado, entendido y discreto.

Allí hizo ver que la Religión de Jesucristo data desde el momento mismo de la creación; pues las esperanzas de Adam, de los antiguos patriarcas y de todos los judíos se reconcentraban en Jesucristo, como las nuestras, sin más diferencia que aquellos esperaban que viniese, y nosotros creemos que ha venido; allí hizo ver que la grandeza de nuestro templo es superior a la que tenía el de Jerusalén, cumpliéndose de este modo la profecía de Ageo, porque en nuestro templo tenemos al Señor del templo, al Redentor del mundo, al hombre-Dios, mientras que en el de los judíos no había más que el Arca sacrosanta con las diez Tablas de la ley y una copa del Maná caído en el desierto. Feliz, pues, estuvo en la composición, sencillez y natural en la enunciaci6n, y profundo en la concepción.

Esto nos mueve a felicitar a nuestro piadoso y caritativo Prelado, que tan bien supo tirar una línea divisoria entre la filantropía moderna y la caridad cristiana.»

Tenemos entendido que S. M. la Reina ha regalado un magnífico vestido completo, compuesto de túnica y manto, a la Imagen de Nuestra Señora de Gracia, que se venera en su iglesia de la plazuela de la Cebada. Los que la han vestido, aseguran que no solamente es una alhaja de inestimable valor, sino también una obra de arte. La camarera de la Virgen, señora duquesa de Fernandina, por cuyo conducto se obtuvo de S. M. tal regalo, ha sido la encargada de dar las gracias en nombre de la Congregación.

El promotor fiscal que entiende en causa formada contra Fernando Sotillana y Ortega, que fue sorprendido en el acto de amenazar con un revólver al juez de primera instancia, Sr. Sapina, ha pedido contra el procesado la pena de cadena perpetua.

Al fin será preferido como conveniente y menos costoso para local de la exposición de objetos del Pacífico, el Jardín Botánico de esta corte. En efecto, en él se podrá disponer de vastas galerías, y para la libre circulación del público son espaciosas las calles todas de sus jardines.

La comision de viajeros, o mejor dicho, los naturalistas que han sobrevivido a tan largas y penosas excursiones, los señores Paz Membrilla, presidente, Jiménez Espada, Almargó y Martínez, están preparando lo necesario para la exposición referida, que podrá abrirse en Abril próximo.

Dícese que para la vacante que ha dejado en la Academia de la lengua el difunto señor marqués de Pidal, tiene grandes probabilidades la candidatura del Sr. Aparisi y Guijarro.

No alegraremos si esta noticia resulta cierta.

El resultado de la explotación de los ferro-carriles españoles en el año último, refleja naturalmente las crisis de todas clases por que hemos pasado.

No obstante haber aumentado la línea de Madrid a Alicante y Zaragoza, su extensión de 1,463 a 1,252 kilómetros, ha tenido en sus ingresos una disminución que puede estimarse de cinco a seis millones, y que justifica, por una parte la crisis comercial, y por otra la rivalidad de la línea del Norte, que llama a sí el tráfico internacional que antes seguía este camino.

La línea de Madrid a Irún no ha tenido aumento de longitud, pero sí de ingresos, aunque en muy reducida proporción; los de 1864 se elevaron a 68.177,833 reales, y los de 1865 han ascendido a 68.853,282, que representan un ingreso kilométrico de 95,000 reales aproximadamente.

La crisis de 1865 ha sido tan general y tan intensa, que no han podido menos de ceder a su influjo también las líneas andaluzas. La de Sevilla a Jerez y Cádiz ha tenido una disminución de ingresos de dos millones próximamente (19.899,851 reales contra 17.938,299) y la de Córdoba a Sevilla de uno; 10 millones 34,564 contra 9.695,776.

Sólo las líneas de Zaragoza a Pamplona y de Barcelona a Zaragoza, que ya forman una sola línea por la fusión de sus respectivas compañías, han mejorado sus ingresos, en un millón aquella y en otro esta, elevándose respectivamente a 10.926,843 reales y 29.012,596.

El 4 se ha cantado el «Te Deum» en Jerez por la desaparición del cólera.

Ayer inauguró sus tareas la diputación provincial de Madrid, a cuyo acto asistió el señor gobernador. A este sesión asistieron ya los nuevos diputados.

La policía de Barcelona se ocupa en averiguar la causa de un hecho ocurrido en el local donde da sus reuniones de baile la sociedad titulada La Dalia, sita en la calle de Corribia. Parece que al abrir anteayer la puerta al conserje de la mencionada sociedad, que serían como las nueve de la mañana, encontró encendidas todas las velas de las arañas del salón, y los muebles en completo desorden. Penetró en la secretaría, y en ella vio la mesa de escribir cubierta de platos, botellas, copas, etc., y esparcidos por el suelo los restos de una opípara comida. Alumbraían este tímido recinto una porción de velas clavadas en la alfombra. El conserje acto continuo dio parte de lo que pasaba al alcalde de barrio Sr. Alalau, y después al presidente de la sociedad, quien a su vez comunicó el hecho al inspector de vigilancia del distrito. Se hacen mil conjeturas acerca de cómo se pudo penetrar en aquel local sin violentar las puertas que, según se nos ha dicho, se encontraron cerradas. El conserje, único que posea la llave, afirma no haber abandonado ni un solo momento desde que cerró la puerta, según costumbre.

En la iglesia parroquial de San Martín de esta corte se verificarán los oficios, durante la próxima Cuaresma, con no menos pompa y solemnidad que en las anteriores, alternando en los sermones oradores tan distinguidos como los señores don Ambrosio de los Infantes, predicador de S. M., D. Basilio Sánchez Grande y D. Luis Rodríguez Peraita.

El día 19 del próximo mes de Marzo se celebrará en dicha iglesia la festividad del Patriarca San José con manifestos y sermones que predicará D. José Benet.

En el «eco de la montaña» de Vich leemos lo que sigue:

«La voz común dice en esta ciudad, y con referencia a personas que pueden estar y creemos están muy enteradas, que no concluirá el mes de Febrero sin trabajar ya eficaz y decididamente en la continuación del ferro-carril de San Juan de las Abadesas tan deseado. Quiera Dios que sea una verdad, ya para ver concluida tan importante vía, como también para poderse con dichos trabajos darles a los muchos operarios que están sin ellos y necesitan en gran manera en la estación presente del año. Nosotros, cuando hemos sufrido tantas decepciones, no podemos dejar de creer en la noticia, atendidos los buenos conductos por donde la hemos adquirido.»

Leemos en el diario «Las Provincias» de Valencia:

«En uno de los pasados días fué puesto a disposición del excelentísimo señor capitán general un suge-

to que según hemos podido averiguar, es soldado, el cual se halla disfrutando licencia temporal en esta ciudad, a consecuencia de haberlo sorprendido en el momento de ir corriendo, puñal en mano, en la plaza de San Francisco a otro sugeto, hánndole dos ó tres cuchilladas en la ropa, sin que le causara herida alguna.»

La repetición de estos hechos, ó fechorías, pica ya en historia. ¡Si esto sucede en Febrero, qué será en Julio!

Segun nuestras noticias, dice un diario de Bidaiz, en el trayecto de Santa Cruz de Mudeña a Córdoba, único que resta por concluir en el ferro-carril de Andalucía, los trabajos han adelantado algo, y por término medio se ocupan en ellos unos 4,000 jornaleros.

Anteanoche a las once fué recogido por los dependientes de la municipalidad una robusta y hermosa niña envuelta en pobres pañales que se encontraba abandonada en medio de la Cuesta de los Ciegos. Los serenos recogieron con la mayor caridad a la inocente criatura, y envolviéndola en el capote de uno de ellos, la condujeron a la Casa de Socorro de la Carrera de San Francisco. Media hora después, la niña abandonada, que apenas cuenta medio mes de existencia, era trasladada al asilo de la Infancia.

¡Imposible parece que haya madres tan desapiadadas!

Ha sido declarado limpio el puerto de Santander, en vista de la completa desaparición del cólera-morbo y de lo acordado por la junta provincial de sanidad.

Anteayer, a las ocho de la noche, dispararon un petardo en la Puerta del Sol; mas, a pesar de haber sido grande la explosión, el que así quiso divertirse no consiguió su objeto, pues la gente permaneció quieta y tranquila, y no hubo las arretras que son tan frecuentes en semejantes casos. Todo es acostumbrarse.

El miércoles último, con motivo del cumpleaños de S. A. la Infanta doña María Luisa Fernanda, se celebró en Sevilla una función solemne en la capilla de Palacio, y se repartió a los pobres una considerable limosna de pan.

La antigua pero mezquina barandilla de madera que había en la capilla de San Olegario de la catedral de Barcelona, ha sido sustituida por otra de hierro con dibujos góticos, la cual ha sido costeada, según se nos ha dicho, por el M. I. Sr. Cándido penitenciario de la propia santa iglesia.

Segun refiere un periódico de Granada, el último día tuvo lugar en aquella ciudad un escandaloso atentado, llevado a cabo sin duda con siniestra intención, y del cual entienden ya los tribunales. Parece que en el portal de la casa que habita el señor corregidor, se colocó una especie de bomba Orsini de tal fuerza, que al estallar deshizo la puerta de en medio penetrando en el patio, derribando parte de una pared, y poniendo en alarma a todo el vecindario. La circunstancia de haber estallado el proyectil a la hora en que el señor corregidor tiene costumbre de ir a su casa, hace presumir la intención con que fué colocado. Se tienen algunas sospechas de quienes han podido ser los autores ó instigadores del suceso, y pronto los tribunales les harán sentir el peso de la ley.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Ricardo, Rey, y San Romualdo, Obispo.

SANTO DE MAÑANA. San Juan de Mata, confesor.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas Trinitarias, donde por la mañana se celebrará a San Juan de Mata con Misa mayor y sermón que predicará D. Bernabé Meneses y por la tarde completas y reserva.

Sigue celebrándose la novena de la Virgen de las Maravillas en la iglesia de su advocación, y predicará en la Misa mayor D. José Losada y por la tarde en los ejercicios D. P. Hernández Fraile.

En la ermita de San Blas se celebrará la fiesta principal al Santo Obispo, predicando en la Misa mayor el Sr. Fraile y por la tarde el P. José Montalban.

VISITA DE LA CÔRTE DE MARIA.—Nuestra Señora de la Concepción en San Pedro, 6 de la Medalla Milagrosa en San Ginés.

Se reza de San Juan de Mata, con rito doble y color blanco.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

ULTIMA HORA.

SENADO.

Continúa la discusión del mensaje, usando de la palabra contra la totalidad del proyecto el señor marques de Miraflores. Se lamenta el orador de los escosos d: la imprenta, de esa imprenta que en lugar de discutir pacíficamente y con templanza, denigra y ultraja las cosas más respetables y corrompe a las masas con sus predicaciones. Lamentase tambien de los abusos de la enseñanza y clama contra esos ideólogos paiaabreros que de error en error llegan hasta el socialismo de Proudhon.

Como si quisiera compensar al Senado de la fatiga que siempre produce el atender a cosas serias, el señor marques se entretiene discutiendo sobre la necesidad de que existan en todo sistema representativo dos partidos que turnen pacíficamente en el poder, produciendo ese cúmulo de bienes que todos sabemos.

Tambie dice el señor marques que es menester disminuir el ejército, ya que por fortuna ha pasado la moda de las guerras y las anexiones.

El señor marques, cediendo a sus afecciones de viejo diplomático, según dice, quiere hablar de la cuestión del Pacífico, pero el señor ministro de Estado advierte al orador que la cuestión de Chile se ha complicado mucho, que aún se ignora hoy si estamos ó no en guerra con el Perú, y por consiguiente el Gobierno tiene que ser muy parco en sus explicaciones. Después de esta interrupción continúa el Sr. Miraflores hablando en general de la política que

España debe seguir en América, y nosotros seguimos de la tribuna.

CONGRESO.

En la sesión del Congreso, el señor ministro de Ultramar, contestando a una pregunta hecha días pasados por el Sr. Perez de Molina, dijo que estaba ya firmada la Real orden para traer al Congreso el expediente de loterías de Cuba.

Preguntó el Sr. Gonzalez si el expediente era el gubernativo, y el ministro le contestó que sí.

Por los señores Beldá y Lopez Dominguez se pidieron notas de funcionarios dependientes de la Gobernacion que han sido removidos.

Para la próxima sesión se avisará a domicilio.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.

Sesión celebrada el día 6 de Febrero de 1866.

Se abrió a las diez y diez minutos, y leida el acta de la anterior, fué aprobada.

ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

El Sr. ARRAZOLA: Ayer, señores, por el timbre de mi voz conocierá el Senado que mi salud estaba alterada, y hoy no está mejor, así es que no tengo voluntariamente al debate, sino que me atrae un deber que no puedo menos de cumplir.

Principié por la alusión relativa a los firmantes de la proposición, y continué ocupándome de las que se refieren a las administraciones del 63 al 64, a la en que tuve el honor de presidir el ministerio; y por último, a la que tiene por objeto la administración del Gabinete presidido por el señor duque de Valencia.

Entrando, pues, a ocuparme de la alusión hecha a los firmantes de la enmienda, ya expuse ayer cuál era su gravedad, pues se nos hacía el cargo de que traíamos la Religión como una máquina de guerra; pero la respetamos mucho para que pudiéramos proceder así, y de desear sería que no se trajera nunca a la arena ardiente de la política; pero la misma naturaleza de los sucesos y la inmensa trascendencia de la cuestión de Italia viene precisamente envuelta a la inviolabilidad del Papa, los firmantes de la enmienda hemos tenido precisión de mencionar la cuestión religiosa, como no pueden menos de hacerlo todos los que se ocupan de la cuestión que hoy se debate.

También S. S. ha traído como máquina de guerra el principio de libertad para convertirla en un cargo fuerte diciendo que el Santo Padre esperaba que se haría el reconocimiento de Italia, y que había recibido la noticia con resignación, y que los que la protestaban contra el reconocimiento han sido los hombres políticos más ó menos liberales, lo cual bien merece una rectificación de parte de S. S.; y así como dije ayer que no tenía a nadie por más religioso que yo, tampoco tengo a nadie por más liberal, sin hacer alarde de ello. Nada más respecto a la primera alusión.

Voy ahora a la que tiene relación con las administraciones del 63 y del 64, y yo quisiera que S. S. me dijese qué hicieron estas administraciones que no se hiciese en la del 62 y 61 respecto a esa cuestión. Esta no hizo más que permanecer para su honra en un statu quo, que es en el que se ha seguido después, y S. S. no la advirtió que el cargo se dirigía también contra sus compañeros de ministerio, pues no hicieron más que las administraciones a que S. S. se ha referido, salvo el incidente honroso de dirigirse a las Potencias católicas para el objeto que ya se ha indicado, y que no dió resultado.

Es de advertir que las administraciones a que alude el señor ministro de Estado no principiaron hasta Marzo de 1863, y precisamente en el 3 de Febrero de ese año se presentó en el Congreso una enmienda pidiendo el reconocimiento de Italia, contestando el Gobierno que no era tiempo y que no importaba que lo hubiesen reconocido otras Potencias, extendiéndose en otras consideraciones en apoyo de su opinión; y si ent6nces no era tiempo y no podía hacerse otra cosa que estar a la expectativa, no sé yo qué sucesos posteriores han ocurrido después que hicieran salir del statu quo a los que subieron a la administración que cayó en Marzo del 63.

El señor ministro de Estado presentaba como solución de la cuestión, la cuestión misma, diciendo que no habíamos nosotros hecho lo que este Gobierno ha llevado a cabo; y precisamente lo que hay que examinar es si eso ha sido lo mejor que podía hacerse, porque efectivamente, la verdadera cuestión es el saber cómo se estaba mejor al lado del Papa, si permaneciendo siempre a su lado ó dando un paso hacia Víctor Manuel, y esto sin que hubiesen sobrevenido sucesos tales que pudiesen determinar a hacerlo así.

Las administraciones a que el Sr. Bermúdez de Castro se refiere no temen el juicio que sobre este asunto se forme por el Senado; durante ellas no tuvo necesidad de resignación el Santo Padre; después ya hemos visto lo que se ha dicho de haber recibido la noticia del reconocimiento con resignación.

Por otra parte, señores, no sé yo qué pueda exigirse de unas administraciones que tan poco han permanecido al frente de la administración del Estado, pues nada podían emprender con la madurez y detenimiento que se requiere para dar solución a cuestiones de tanta magnitud, y justamente cuando tenemos el ejemplo de la Francia, que siendo la más interesada en resolver la cuestión de Italia, tardó tanto tiempo en hacerlo, a pesar de haber sido iniciado ya esto asínto por Catour en el año de 61.

Contestada esta alusión, paso ya a la tercera, que es la referente a la administración que yo tuve el honor de presidir, y que sólo duró 40 días, y apenas son bastante para que cada ministro conozca su secretaría, siendo bueno recordar las circunstancias en que nos encontramos.

Dos hombres políticos de primera importancia habían sido llamados para formar Gabinete; no lo llevaron a cabo, y nuestra augusta Soberana se dignó llamarnos para confirmar ese cargo. Yo no estaba entonces en la política activa; sin embargo, mi lealtad me impuso el deber de aceptar, y llegué al ministerio encontrándome con unas Cortes que yo no había traído, siendo de consiguiente el primer conflicto político que yo tenía que abordar el de tratar una cuestión política en el Parlamento; y el Senado recordará lo que



entonces tuvo lugar, y además que el Congreso, por aclamación, acordó que se suspendieran las sesiones por un cierto número de días.

Encuentran el Tesoro sin dinero, siendo necesario examinar los presupuestos que, a fuerza de trabajar en ellos noche y día, se presentaron a las Cortes; pero como si esto fuera poco, se nos vino encima la cuestión de Santo Domingo y la necesidad de enviar una división de 6,000 hombres, equipada, armada y provista; y en efecto, no sólo se formó esa división, sino que estaba embarcándose ya a nuestra salida del ministerio. Vino también otra cuestión, y fué la del Perú, á la que nos vimos también en la necesidad de atender; de manera que no creo pueda acusarse á aquel ministro de falta de actividad, y mucho menos de haberse olvidado de la cuestión de Roma, aunque en esto no hay exactitud, y mucho menos atendidos los graves asuntos de que hubo necesidad de ocuparse durante ese cortísimo período de tiempo.

Entro ahora en la alusión que se refiere á la administración presidida por el señor duque de Valencia, y que comprende varios pormenores de que me iré haciendo cargo.

Una de las cosas que ha dicho S. S. es que queríamos reconocer el reino de Italia, y el Senado recordará la fuerza de ingenio con que el señor ministro de Estado ha procurado hacerlo ver así, queriendo fundarse para ello hasta en la reserva prudente y digna del hombre de Estado que se encontró al frente de este departamento entonces, sin considerar que precisamente esto venía á demostrar más y más la completa libertad de acción que había querido reservarse aquel Gobierno; y ya indiqué ayer algunas de las razones que había para proceder de esa manera, pues no podían menos de tomarse en consideración todos los acontecimientos posibles, incluso, por ejemplo, el reconocimiento *ad interim*, y aun el de que pudiera hacer el reconocimiento el Santo Padre. Por lo demás, no había ese ánimo que supone S. S. en el ministro, y mucho menos del modo que lo ha hecho el Gobierno de S. M.; es de ninguna manera. Yo reconozco que eso se ha hecho con la mejor intención; pero no he podido encontrar los poderosos motivos que hayan podido impulsar á obrar en esa forma, puesto que no ha debido proceder por motivos débiles y pasajeros. Sobre esto no he encontrado más que un despacho en que se da alguna razón, que no es en mi concepto de gran importancia, habiéndose en otro de entrar en concierto con la Europa; y aquí debo decir al Senado que yo he tenido una opinión que no me rectificado aún, y es de que la gran autonomía que ha de arreglar los asuntos de Roma y de Italia no está en Italia, sino que está fuera de ella.

Está en el que estableció los fundamentos del reino italiano, viniendo en Magenta y Solferino; la que se invocaba por los hombres más eminentes en política de aquel país, hasta el punto de decirse en el Parlamento, á la faz de Europa que irían á Roma con Francia, pero no contra ella, y con la que se ha ido constantemente desde mucho tiempo á esta parte cuando se ha tratado de los asuntos de Italia. Ahora, pues, creo que se ha equivocado el camino; y que si quería hacerse el reconocimiento, no debía haberse hecho ese empeño de ir sólo á donde debía irse acompañado, y de este modo se hubiera evitado alguna mortificación tal como la de que habiéndose fijado el Gobierno en lo que debía fijarse se dijera que el tratado de 15 de Septiembre era un convenio particular entre las dos naciones, y que nadie tenía que intervenir; lo que ciertamente no sé de dónde ha podido deducirse, porque muchísimos ejemplos hay en contrario, igualmente que de haberse exigido ciertas garantías para los reconocimientos; y sin ir muy lejos está el de la Inglaterra, á la que se dirigió Víctor Manuel con este objeto, y la invitación que el mismo Gobierno Imperial nos había hecho para adherirnos al tratado y hacer las indicaciones que sobre él creyéramos convenientes.

Y á propósito de esto, debo decir que la buena razón del señor ministro de Estado debió comprender, después de meditar bien sobre el asunto, que había muchas consideraciones que eran muy dignas de tomarse en cuenta; así es que escribió una nota muy bien escrita, en la que se consignaba todo lo que ciertamente debía tratarse antes del reconocimiento, con encargo de que se leyera y se diera copia de ella al general Lamarmora, que dió la llamada por respuesta; por lo mismo yo no he podido encontrarla. Y es natural que así sucediese, porque no había de ir á admitir condiciones después de hecho el reconocimiento. Hubo, pues, un grave mal en el modo con que se ha llevado á cabo, y mucho más en haber dejado entrever el deseo de hacerlo.

Por lo demás, el Gabinete presidido por el señor duque de Valencia no pudo ni debió hacer más de lo que hizo; y no es justa la imputación que se le ha dirigido de que no hizo nada en esa cuestión, pues el Sr. Llorente, ministro de Estado que fué también en ese Gabinete, tuvo lugar de ocuparse de este asunto, como sin duda alguna S. S. manifestará, toda vez que cuando se recibió la noticia de que se había hecho el tratado franco-italiano el Sr. Llorente dió cuenta en el Consejo de ministros, haciendo las apreciaciones que creyó oportunas, y en él se trató de esta cuestión en general, y después se encargó á nuestros representantes que estuvieran al cuidado de todo lo que pudiera ocurrir, y lo participaran al Gobierno, como en efecto lo hicieron. No iban los sucesos tan á prisa que en un mes ó dos hubiera muchas cosas que comunicar.

Empezó en Italia á conocer el tratado y el modo con que fue recibido; y la fama que había entre el elemento ardiente y el elemento templado llegó á alarmar á la corte de París, que creyó debía fijar su atención en ello, é hizo que se pidieran explicaciones á Turin, las que en efecto se dieron, y el tratado recibió una nueva condición impuesta por la autonomía de la Italia de que ni por la fuerza armada ni por manejos subterráneos se intentara dar cuenta contra los Estados Pontificios, designándose el día en que debía empezar á regir el tratado. Como ve el Senado, era de última prudencia mantener el *statu quo* del mismo modo que lo había hecho el señor duque de Tetuan.

El 27 de Marzo expidió el Sr. Mon el despacho de que aquí se ha hecho mérito, en ocasión que el señor Benavides, que era el ministro de Estado entonces, se encontraba enfermo; llegó aquí el 29, y no hay para recordar cuál era la situación de aquel Gabinete con la cuestión de Hacienda, ni los sucesos que tuvieron lugar en la noche de San Daniel, y naturalmente tienen que llamar la atención del Gobierno: vinieron los debates que tuvieron lugar con este motivo; así mismo llegando hasta las ocurrencias de Valencia,

que del mismo modo que lo anterior no tuvieron su desarrollo sin un germen que viniera preparándolos. En el despacho á que me he referido ponía el señor Mon en conocimiento del Gobierno alguna negociación iniciada respecto á la cuestión de Italia, haciendo las reflexiones que creía oportunas; debiéndose advertir aquí que ningún embajador va tan á oscuras que no lleve instrucciones verbales, ni tan desprovisto de datos que no pueda saber á qué atenerse respecto á los asuntos que deba tratar.

En otro despacho de 29 de Abril daba cuenta de la conferencia que había tenido con el Príncipe Metternich; de modo que no iba tan de prisa la negociación que se había iniciado en Marzo, sin que de él se desprenda queja alguna de que no se le hubiera contestado al anterior. Se hablaba también en él de la memoria que el Príncipe de Metternich pensaba redactar, y era preciso aguardar á que esta se nos comunicase para saber lo que debía hacerse. Veo, pues, el señor ministro de Estado cómo no tenía razón para suponer que habíamos echado en olvido esa cuestión.

Resta sólo lo que se llama la negociación presente. El Sr. Seijas planteó esta cuestión, diciendo: ¿qué hizo entonces el Gobierno? ¿se estuvo también con los brazos cruzados? No, señores: sabedor el Gobierno de que se habían iniciado cuestiones, dió encargo á sus representantes para que le comunicaran cuanto ocurriera. Así lo verificó el Sr. Pacheco, hasta que llegó el 14 de Junio, en que nos dirige un telegrama manifestando que al fin se habían abierto negociaciones entre Su Santidad y el Rey Víctor Manuel: «Yo las estoy favoreciendo oficialmente, nos decía: ¿quiere el Gobierno que continúe haciéndolo así?» Contestación nuestra: «Siga Vd. obrando como dice en su telegrama, y por el correo se le mandan instrucciones.» Y en efecto, las instrucciones se redactaron; yo se las entregué al subsecretario; pero no se si llegaron á salir, pues á los pocos días cayó aquel Gabinete.

He concluido, señores, y lo hago como empecé, manifestando la opinión del Emperador de los franceses acerca de que la cuestión de Roma encarna la fe religiosa y la fe política, y añadiendo que España ha sabido realizar este hermoso consorcio, que ha creído y se ha desenvuelto con la nacionalidad española, y que sólo con ella debe sucumbir.

El señor conde de TORRE DIAZ: Como mi ánimo al pedir la palabra no fué otro que confirmar la aseveración del Sr. Huet, añadiéndome á sus ideas; cumplido este propósito la abandono.

El Sr. LLORENTE: Entrando desde luego en el fondo de la cuestión, habré de contestar también al señor ministro de Estado, que ha interpretado de una manera equivocada alguno de mis despatches, para lo cual explicaré áus cual era la situación del Gabinete de que yo formaba parte.

Apenas juramos, señores, cuando recibimos, primero un telegrama, y después un despacho escrito del embajador de S. M. en París anunciándonos la celebración del Convenio de 15 de Septiembre; y yo, como ministro de Estado, me apresuré á proponer las resoluciones que debía acordar el Gabinete, y que fueron aprobadas en el Consejo de ministros, reducidas, primero á que debíamos concentrar todo nuestro interés en la cuestión del poder temporal del Papa, que es la garantía de su poder espiritual; la preservación de aquel es una condición necesaria para que este exista; y si esto se considera de tal modo en países donde hay gran número de católicos, mucho más debe tenerse en cuenta en una nación como España, donde hay tantos católicos como ciudadanos. Pero después de esta resolución tomamos otra; y fué que en todo lo demás el Gobierno había de quedar en completa libertad de acción para escoger aquellos medios más oportunos en defensa del mismo poder temporal; para tomar ó no parte en otras cuestiones más subalternas; para determinar cuáles habían de ser nuestras alianzas.

Y á este propósito, recuerdo que el señor ministro de Estado leyó un párrafo de mis despatches referente á Austria, y yo tengo que decir que, en efecto, aquel Gobierno se le ocurrió lo que se debe ocurrir á cualquiera que trate de conservar, que es pensar en el Austria, nación conservadora por excelencia, valedora de la Europa en tiempos no remotos contra los turcos, después contra las exageraciones del eslavismo, luego contra el espíritu revolucionario, y últimamente contra esa pestilencia moderna de las anexiones.

Por otra parte, Austria ha tenido en Italia ricas provincias que ha perdido, mientras que España no conserva allí sino los recuerdos de tiempos pasados, aunque gloriosos, y la aspiración legítima de defender el poder temporal en interés general del Catolicismo, lo cual constituye una diferencia entre ambas naciones que no podía menos de notarse, y se notaba al mismo tiempo; sin embargo, se dice, ¿la libertad de acción no era también para el reconocimiento de Italia?

Señores, un deber de lealtad hacia mis antiguos compañeros me obliga á declarar que acerca de este acto ni una palabra se habló en Consejo de ministros, ni tampoco hay nada que él se refiera en mis despatches; y siendo así, claro es que habían de quedar los individuos del Gabinete, salvo en lo que fuere relativo á la conservación del poder temporal, en libertad completa para emitir y sostener las opiniones que tuvieran por conveniente acerca del modo y forma de la cuestión del reconocimiento.

Y ahora voy á hablar un poco por mi propia cuenta para decir los motivos que me guiaron á tomar la resolución de no hablar entonces ni una sola palabra del reconocimiento de Italia. Creo, de acuerdo con el Sr. Seijas en esta parte, que nada hay más respetable en el mundo que el derecho; pero tengamos en cuenta que ciertas doctrinas absolutas y rigurosas en la actual situación de Europa acaso son incompatibles con la buena gobernación del Estado.

Y me refiero á la doctrina sustentada por su señoría sobre los reconocimientos en general; pues hoy, atendidos los grandes intereses de la conservación de las sociedades, no se puede sostener que el reconocimiento de una potencia implica la aprobación de su origen ó de las circunstancias que han concurrido á su engrandecimiento, porque entonces vendría á resultar que las potencias más conservadoras y más antiguas habían sancionado una porción de sucesos que los hombres sensatos no pueden menos de reprobar.

Hoy los actos políticos no son más que lo que entienden por ellos los Gobiernos y los pueblos; y asimismo se ha explicado el reconocimiento de Italia por el ministro del Emperador Mr. Drouyn de Lhuys en un despacho fecha 14 de Marzo, dirigiéndose á su emba-

jador en esta corte, en el cual, al dar cuenta de la misma conferencia á que se refiere la famosa nota del Sr. Mon, de 27 del propio mes, dice el ministro francés que el Gobierno español debía hacer un reconocimiento en la forma poco más ó menos que lo había hecho el Gobierno Imperial, forma que no implica la aprobación de lo pasado, ni da garantías para lo porvenir.

Y bien; ¿qué analogía hay entre estos reconocimientos y aquellos otros de que hablaban los tratadistas del siglo anterior, invocados por el Sr. Seijas? Así es que hoy un reconocimiento no significa más sino que el poder que se reconoce está suficientemente consolidado para preservar y defender los intereses extranjeros y mantener buenas relaciones con las demás Potencias. Y juzgo más, y es que hoy día, más grave que reconocer es no reconocer los poderes constituidos una vez medianamente consolidados, porque si se prescindiera de eso acto por motivos antiguos del origen de los Gobiernos, apenas habría uno que pudiera reconocer á otro, precisamente cuando las exigencias del comercio y la civilización hacen más necesaria la buena armonía, la hermandad entre las naciones; y puedo citar á la Cámara el ejemplo de Baviera, que ha reconocido el reino de Italia sólo por la necesidad de un tratado de comercio.

No elogio ni censuro; señalo únicamente el curso de los tiempos; digo cómo va el mundo, ¿y a qué marcha no podemos interrumpir nosotros, y mucho menos miéntras no hayamos arreglado nuestros propios negocios, que en estos momentos tanto perentoriamente exigen nuestra atención.

Expuestas mis ideas acerca de los reconocimientos, debo decir por qué no propuse el del reino de Italia al Gabinete de que formaba parte. No lo hice, señores, por un gran sentimiento de deferencia hacia la Santa Sede, y también porque no creí oportuno resolver una cuestión que estaba pendiente hacia muchos años, cuando se acababa de celebrar el tratado de 15 de Septiembre, que tan lleno de misterios se presentaba á la Europa. Luego ha ocurrido multitud de sucesos, que no califico porque no están dentro de mi tiempo, ni por consiguiente de la alusión personal, razón por la que reservo mi juicio acerca de la forma y oportunidad del reconocimiento de Italia.

Dré, sin embargo, que cualquiera que haya sido la forma y la ocasión, el reconocimiento se ha hecho, y es completamente irrevocable; y siéndolo, la enmienda del Sr. Seijas, sin ofrecer los inconvenientes de la que habían firmado los señores Huet y marques de Vaamonde, todavía encierra otro, cual es el de dejar á nuestra diplomacia en una situación equívoca, desautorizada la acción del Gobierno en el exterior, precisamente en los momentos en que nos rodean grandes complicaciones.

El Sr. SEIJAS LOZANO: Dice el Sr. Llorente que hoy no puede servir de regla lo que establecieron los tratadistas de otro tiempo. En primer lugar los tratadistas que yo he invocado no son de siglos anteriores, sino de este mismo y de época muy reciente; y además, ¿no recuerda S. S. que yo he dicho que, aunque partidario rigido del derecho, ocurren sucesos en las naciones que obligan á ser un tanto lapsos en la doctrina? Por eso anadi que podía haber llegado el caso de reconocer á Italia siempre que se asegurara el poder temporal del Padre Santo, condición indispensable, como el mismo Sr. Llorente ha declarado para conservación de su potestad espiritual. Así es que nosotros no combatimos en absoluto el reconocimiento de Italia; lo que censuramos es que se haya verificado como lo ha sido, de una manera incondicional.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego á V. S. que tenga presente lo prolongado que va siendo este debate.

El Sr. SEIJAS LOZANO: Concluyo, señor presidente, diciendo que, según consta de los despatches cambiados en este asunto, el Gobierno del Piemonte propuso el reconocimiento, dejando á la Europa el derecho de reunirse en Congreso para resolver acerca de los sucesos allí ocurridos. Pues bien: esta oferta del Piemonte no se ha tenido siquiera presente por el Gobierno español al reconocer incondicionalmente el reino italiano.

El señor ministro de ESTADO: Conozco el cansancio de la Cámara, y voy á ser muy breve, renunciando á contestar á la mayor parte de las observaciones hechas por los señores Seijas y Arrazola, habiéndome de limitar á lo más interesante para el ministerio. Además, el Sr. Llorente ha facilitado grandemente mi tarea con su magnífico discurso, fijando la verdadera cuestión que se debate y lo que significa el reconocimiento de Italia, que lo es otra cosa sino el reanudamiento de las relaciones diplomáticas, sin que para ello se ligue nuestra acción respecto á la política que haya de seguir en el futuro.

No seguiré al Sr. Arrazola en la relación que ha hecho de los trámites por que ha pasado este negocio; pero sí diré, respecto á la censura que nos ha dirigido suponiendo que hemos marchado al vapor, que el Gobierno de S. M. no necesitaba hacer grandes estudios, y que en la secretaría de Estado no había más documentos de que enterarse que los que fueron publicados el año 61 y todos conocemos, pues desde entonces acá nada se ha escrito sobre el asunto.

Así es que podría ser que SS. S. tengan mucha razón; podría ser que se hayan ocupado, como dice el Sr. Arrazola, mucho de la cuestión de Roma; pero lo cierto es que ni aun las instrucciones de que nos hablaba S. S. han existido nunca en el ministerio de Estado; lo cierto es que el reconocimiento se ha llevado á cabo de la manera y en la forma como se verifican estos actos, y que es o que S. S. llama precipitación no debe considerarse de tal modo, pues el Gobierno, después de las aclaraciones de que fué objeto el tratado de 15 de Septiembre, no necesitaba más datos para adoptar su resolución.

Pero el Sr. Arrazola, con cierta táctica y habilidad que reconozco en S. S., decía que la única razón que habíamos tenido era hacer concesiones; idea que también indicó el señor marques de Miraflores. SS. S. están equivocados; el Gobierno ha procurado abrir la puerta á todos los partidos legales; pero no ha hecho pactos ni ha querido atraerse á ninguno de ellos.

Si tal hubiera sido su propósito, un ejemplo reciente le habría detenido en su camino. ¿De qué sirvieran en otro tiempo los tratos y concertos con algunas personas del partido progresista, de que hablaban ciertas correspondencias, si los tres meses vino el retraimiento, y con él la creación de una situación revolucionaria, cuyos resultados hemos visto hace poco? No hemos hecho nada de esto, ni en mis despatches hay frase alguna que se refiera á concesiones, pues la alusión que en alguno de ellos se hace á los

partidos radicales, lo mismo se refiere á los en un sentido que á los en otro, porque el deseo del Gobierno era quitarles la bandera del combate que habían hecho de la cuestión de Roma, no tratar ni transigir con ninguno de ellos.

Decía también el Sr. Arrazola que habíamos sido desdanzados por el general Lamarmora, y que habíamos negociado mal. Señores, nosotros hemos negociado con arreglo á la buena doctrina; tratábamos de reanudar las relaciones diplomáticas con Italia, y para ello no había cosa más propia que aprovechar la presencia del barón de Cavallotti en la primera recepción que tuvo el Cuerpo diplomático para anunciarle que estábamos dispuestos á reconocer el reino italiano. El barón de Cavallotti escribió esta conversación á su corte, y el general Lamarmora contestó en 5 de Julio en los siguientes términos: (S. S. leyó) Señores, ¿y á esto se llama desdanzar? ¿Es acaso desde dejar á España libre para que obra en adelante como creyera mejor á sus intereses? Pero todavía hay más, y es que España se ha reservado por completo su libertad de apreciación respecto á los sucesos ocurridos en la Península italiana, así como tampoco con el reconocimiento hemos prejuzgado los derechos y las cuestiones que se debaten. Señores, si la manera como hemos reconocido á Italia no es la más propia y conveniente, yo ruego al Sr. Arrazola que me indique otra fórmula mejor.

Voy á concluir, sacrificando lo mucho que tendría que hablar sobre este punto, con una explicación debida al señor marques de Miraflores. Si yo me permitiera leer algún despacho suyo, por lo que me acusó ayer el Sr. Seijas, ¿por qué el que yo leí está ya impreso desde el año 61 y ha sido objeto de discusión. Por lo demás, el Sr. Seijas no recuerda sin duda que me pidió en cierta sesión la publicación de los despatches del Sr. Mon y otros, y que yo tuve que satisfacer á su señoría, diciéndole que no podía entregar al público la correspondencia privada del Sr. Mon; de manera que si hubiera complacido por entero á S. S., le hubiera dado ocasión para hacerse cargo todavía más fuertes.

El señor marques de VALDETERAZO: La comisión no admite la enmienda del Sr. Seijas.

Leída nuevamente la enmienda, y preguntando si se tomaba en consideración, se pidió y acordó que la votación fuera nominal.

Al procederse á ella, dijo

El señor marques de HEREDIA: Dándome el artículo 78 del reglamento el derecho de solicitar una breve aclaración, deseo que el Gobierno ó la comisión se sirvan darme para votar con completo conocimiento y con arreglo á mi conciencia. El Gobierno de S. M., al reconocer el reino de Italia, ¿lo ha hecho sólo por la consideración de ser un hecho consumado, y fundándose en que, por serio, es legítimo y digno de respeto, ó ha reconocido el reino por amor al dabo, por evitar mayores males y obediendo á una política previsora que trata de hermanar los principios de la justicia y la moral eterna con los de la conveniencia pública? En el primer caso, no vacilo un momento en votar contra el Gabinete, porque, reo que, asentado que un hecho consumado, sólo por serio, es digno de respeto, desaparecerían del mundo las ideas de justicia y de razón; pero en el segundo caso, votaré al lado del Gobierno de S. M., porque creo que se hace una cosa muy perjudicial al Catolicismo cuando se le identifica con los intereses mezquinos de la política, dentro de los cuales no se puede encerrar la amplitud inmensa de nuestra Religión.

No concediéndome el reglamento derecho para más, espero la explicación que se sirva dar el Gobierno de S. M.

El señor ministro de ESTADO: El Gobierno, al reconocer el reino de Italia, se ha reservado, como he dicho antes, hasta la libertad de opinión respecto á los hechos allí ocurridos y á que se refiere el señor senador. En cuanto á las consideraciones políticas, contestó que efectivamente el Gobierno ha querido, con el acto de que nos ocupamos, ponerse en actitud de ejercitar su acción y lavar su voz de una manera más elocuente en favor del poder temporal del Padre Santo, entrando en el concierto europeo.

El señor marques de SAN SATURNINO: He examinado atentamente la enmienda que va á ponerse á votación. En ella encuentro dos distintas significaciones, á saber: una declaración de adhesión y respeto á la Sede Apostólica, en la cual sin embargo ninguna solución práctica se presenta que no pueda igualmente derivarse de las palabras que la comisión consagra á este asunto, comentadas por los despatches dirigidos por el Sr. Bermúdez de Castro á los ministros en Roma y en Florencia. La otra significación es pura y simplemente un voto de censura al Gobierno, voto con el cual no puedo estar de acuerdo. Ambas consideraciones tendré presentes en el acto de la votación.

Verificada la votación, no fué tomada en consideración la enmienda por 100 votos contra 63 en esta forma:

Señores que dijeron no:

Duque de Tetuan.—Bermúdez de Castro.—Marques de Sierra.—Bullones.—Calderón Colantes.—Duque de Anamada.—Ruiz de la Vega.—Córdova.—Cataluña.—Miranda.—García Gallardo.—Gonzalez Nandín.—Lisimery.—Marques de San Saturnino.—Diez de Rivera.—Duque de Abrantes.—Luzuriaga.—Marques de Valdesterazo.—Conde de Cerrajería.—Marques de Guad-el-Jelú.—Luzán.—Guillamas.—Ortiz de Zúñiga.—Barroeta y Aldamar.—Llorente.—Marques del Duero.—Fernandez Lascoiti.—Marques de Salamanca.—Suarez de Deza.—Mascareñas.—Conde de Ezpeleta.—Conde de Balazote.—Conde de Torre-Mata.—Conde de Almodovar.—Conde de la Peña del Morio.—Ferreira Camacho.—Escudero y Azara.—Harte.—Olea.—Marques de Castellanos.—Marques de Corvera.—Pastor.—Infante.—Marques de Zornoza.—Marques de Morante.—Otero y Velazquez.—Santa Cruz.—Echagüe.—Irazzo.—Ferraz.—Marques de Heredia.—Lopez Vazquez.—Sierra y Cárdenas.—Barrenechea.—Perez.—Paideban.—Sierra y Moya.—Estévez Calderón.—Marques de Manzanedo.—Olivan.—Martinez de Espinosa y Tacon.—Limiana.—Ruiz de Apodaca.—Marques de San Felices.—Marques de Camarasa.—Duque de Gor.—Castro y Bojo.—Goiencorrea.—Mirques de Santa Cruz.—Marques de Santa Coloma.—Príncipe Pio.—Muchada.—Vegu-Mar.—Conde de Velarde.—Mautilla de los Rios.—Campo.—Carreas.—Marques de Vainadina.—Herrera de la Riva.—Urbina.—Sierra Pambley.—Duque de Alba.—Marques de Almodovar.—Marques de los Velez.—Conde de Oñate.—Conde de Campo-Alange.—Caeon y Durán.—Alvarez.—Marques de Armenteros.—Marques de Santa Analía.

Marques de la Serna.—Duque de Bailen.—Portilla.—Marques de San Juan.—Marques de Camacho.—Cabrero (D. Antonio).—Marques de Oricio.—Sanchez Silva.—Sevilla.—Duque de Tamames.—Señor presidente.

Total, 400.

Señores que dijeron sí:

García Hidalgo.—Velluti.—Conde de Montefuerte.—Marques de Falces.—Seijas Lozano.—Larsundi.—Gasset.—Aristizabal.—Sanchez Osuna.—Conde de Maceda.—Marques de Vaamonde.—Arrazola.—Señor de Rubianes.—Reñtero y Villa.—Marques de Monistrol.—Marques de Mirabel.—Caceres y Alvarez.—Conde del Real.—Marques de Miraflores.—Marques de Novales.—Marques de Viluma.—Conde de Torre-Diaz.—Calonge.—Ezpeleta (D. J.).—Conde de Monterron.—Duque de Baena.—Trujita.—Marques de Albranca.—Conde de Vistahermosa.—Conde de Torre-Marín.—Conde de Guendulain.—Conde de Sevilla la Nueva.—Manzano.—Marques de Vallejo.—Conde de la Cañada.—Conde de la Rosa.—Marques de Jura-Real.—Duque de Motezuma.—Marín Barquero.—Conde de Casa-Rojas.—Huet.—Gonzalez Romero.—Roucañ.—Gonzalez Rivero.—Duque de Valencia.—García Barzanallana.—Conde de Goyeneche.—Conde de Villafrauca de Gaitan.—Conde de Villanueva de la Birc.—Beruete.—Conde de Zamora de Riofrío.—Conde de Pañero.—Duque de Vergara.—Conde de Cheste.—Mayalde.—Isa Fernandez.—Tejada.—Marques de Villaverde.—Marques de Remisa.—Gonzalez Elise.—Marques de Castilleja del Campo.—Marques de Cabrillana.—Marques del Puerto.

Total, 63.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: continuación del debate pendiente.

Se levanta la sesión. Eran las seis.

## MERCADO DE MADRID.

UTILIZADO POR LAS FUERZAS EN EL DIA DE AYER.

6570 arrobas de trigo.  
2938 arrobas de harina de idem.  
9228 arrobas de carbon.  
101 vacas que componen 46084 libras de peso.  
363 carneros que hacen 8173 libras de peso.  
131 cerdos degollados que hacen libras de peso 26947.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.

	Real y vellón	Quatro
	arroba.	libra.
Carne de vaca.	49 á 52	26 á 36
Id. de cerdo.	5 á 28	26 á 36
Id. de cordero.	5 á 28	26 á 36
Id. de ternera.	90 á 98	50 á 60
Despieces de cerdo.	5 á 28	26 á 36
Tocino abejo.	90 á 94	30 á 28
Id. fresco.	5 á 28	26 á 36
Id. en canal de cerdo.	62 á 66	3 á 4
Lomo.	42 á 43	45 á 60
Jamon.	24 á 26	18 á 20
Acetate.	40 á 44	12 á 14
Vino.	5 á 6	11 á 13
Pañ de dos libras.	14 á 64	19 á 20
Garbanos.	26 á 34	11 á 13
Judías.	30 á 38	11 á 12
Arroz.	19 á 23	8 á 16
Lentijas.	7 á 8	5 á 6
Carbon.	65 á 68	21 á 26
Jabon.	5 á 6	2 á 4

PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo.	de 36 á 42	Rs. Vn.
Cebada.	de 22 á 25	Id.
Algarroba.	de 5 á 22	Id.

## FONDOS PUBLICOS.

CAMBIO AL CONTRAJO.

Publicado. No publicado.

Titulos del 3 p. 3 consolidado.	37-55	»
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. 3 id.	»	»
Titulos del 3 p. 3 id. de las inscripciones en el Gran Libro.	34-70	»
Material del Tesoro preterentacion interes.	»	»
Idem no preterentacion con interes.	»	»
Idem sin interes.	»	»
Participes logros convertibles á 3 p. 3.	»	»
Idem del 4 y 5 por 100.	»	»
Deuda amortizable de primera clase.	»	»
Idem amortizable de segunda idem.	20-00	»
Divida del personal.	»	19-90 d
Billas hipotecarias del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de interes anual.	88-75	»

ACCIONES DE CARRERAS DE FERROVIAS.

Emision de 1.º de Abril de 1860, de 4000 rs.

Idem de 2000 rs. de 1.º de Junio de 1861, de 4000 rs.

Idem de 31 de Agosto de 1862, de 4000 rs.

Idem de 2 de Marzo de 1865, procedente de la de 13 de Agosto de 1862, de 4000 rs.

Idem 1.º de Julio de 1866 de 2000 rs.

Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1866.

Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 890 anual.

Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carries.

Acciones del Banco de España.

83-00

84-00

»

»

81-00

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»

»